

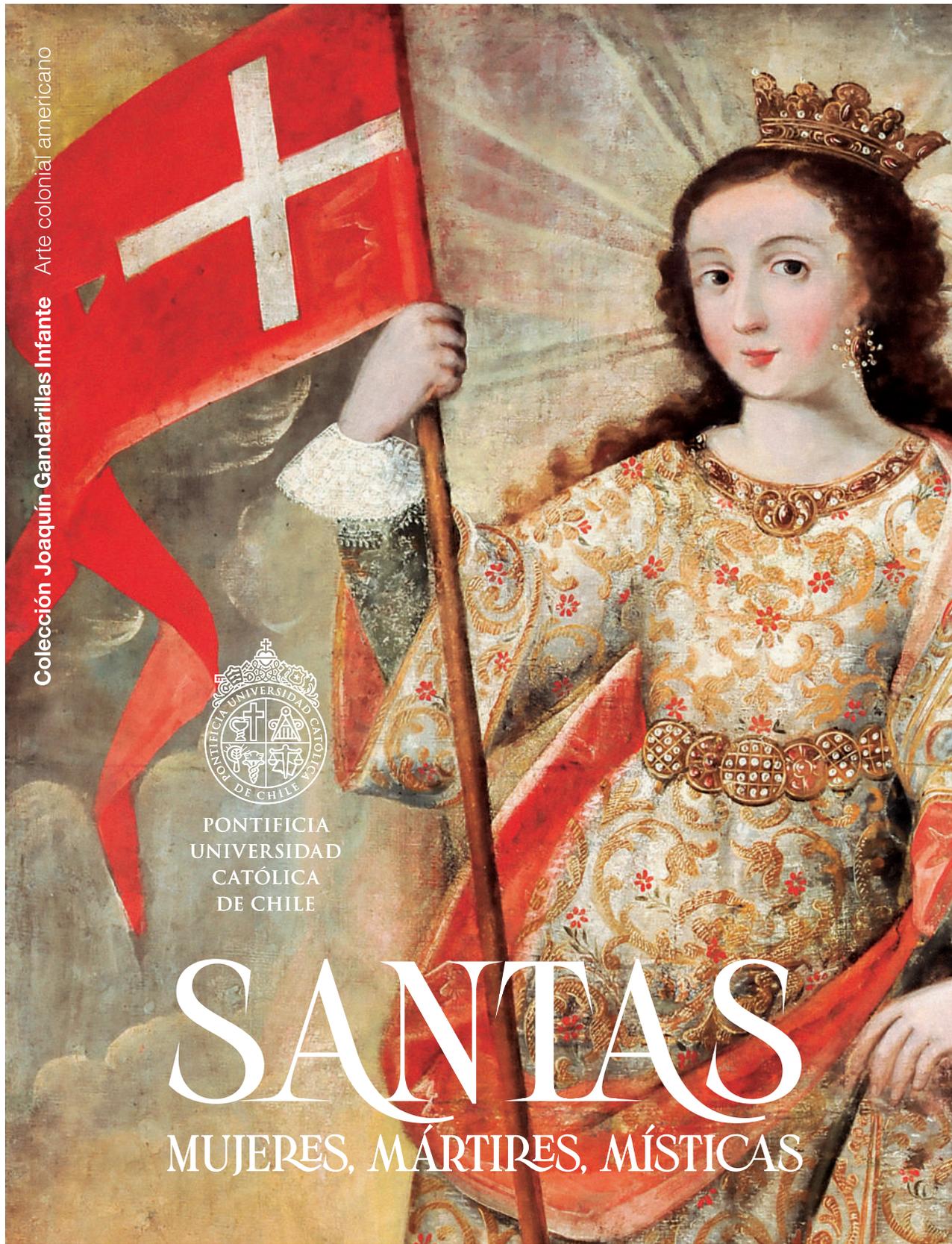
Colección Joaquín Gandarillas Infante Arte colonial americano



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

SANTAS

MUJERES, MÁRTIRES, MÍSTICAS



Colección Joaquín Gandarillas Infante Arte colonial americano



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

SANTAS

MUJERES, MÁRTIRES, MÍSTICAS

Como temática referente al Año Internacional de la Mujer celebrado el 2020, esta decimotercera muestra de la Colección Joaquín Gandarillas Infante, “Santas: mujeres, mártires, místicas”, debía ahora cerrar sus puertas luego de su correspondiente semestre de exposición, en lugar de abrirlas. La pandemia del coronavirus y sus efectos, hizo imposible esta sincronía temporal, y a la vez impidió que la mirada en profundidad revelada por las imágenes pictóricas de la colección virreinal tornara de público conocimiento a algunas de aquellas mujeres del pasado cuyas acciones, capacidades e integridad han trascendido bajo el apelativo de santas. Nos alegramos pues de que esta postergación haya significado solo una espera y que hoy podamos mostrar con renovado impulso el protagonismo femenino, tanto en la historia de la religión cristiana y católica como en la educación, la cultura y en la defensa de la libertad de pensamiento y de acción de la mujer, de sus derechos esenciales, aún en medio de las circunstancias más desfavorables y adversas.

Las santas son modelos de cualidades, de virtudes, algunas específicamente femeninas, llevadas al grado del heroísmo y que han sobrepasado su tiempo histórico para tornarse en ejemplos humanos de caridad y entrega, en intercesoras y protectoras de quienes las invocan y son acogidas en sus problemas, tribulaciones y también en sus alegrías. Donde la fe está viva, ahí surgen figuras mediadoras entre lo divino y lo humano, que colaboran en orientar el camino, en trazar un diseño en medio de los laberintos y recodos de este mundo, mostrando una salida, una finalidad supranatural, que su imagen artística y su legado hacen visibilizar a cada uno.

En años recientes las mujeres han dado en el mundo pasos decisivos en la lucha por la igualdad de género, por su reconocimiento como pares del hombre, diversas pero iguales en derechos y en dignidad; ha tenido lugar su promoción en todos los ámbitos, incluso en aquellos tradicionalmente reservados a los varones; que la justicia de la causa no devenga en enfrentamiento y violencia es deber de cada una; de cada uno, porque como señalaba la filósofa española María Zambrano: “Todo extremismo destruye lo que afirma”. El activismo de las mujeres por el logro de sus derechos no puede sostenerse sin apelar a su responsabilidad, a sus deberes, esos que las santas aquí presentadas ejercitaron en su grado más alto de entrega al amor divino y de asistencia a los más vulnerables.

Este recorrido por la santidad femenina, desde los tiempos evangélicos hasta el siglo XVII a través de la mirada de los pintores virreinales, posibilitado por las magníficas obras de la Colección Gandarillas, nos ofrece la riqueza espiritual de este conjunto de santas en sus diversas manifestaciones, desde aquellas directamente relacionadas con Cristo a las mártires del tiempo de las persecuciones al cristianismo y luego las místicas y fundadoras de órdenes religiosas. A través de la historia, todas y cada una de ellas han realizado como mujeres una particular y única contribución al fortalecimiento y expansión del cristianismo y de la causa femenina: su carisma. Y ahora es el arte lo que nos permite reconocer y valorar este particular aporte.

Ignacio Sánchez Díaz
Rector

Santidad: aproximación histórica a un camino de perfección

Verónica Ibáñez Masramon

Profesora de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
Bachiller en Filosofía y Teología por el Centro de Estudios Internacional Villa Balestra (Roma, Italia). Profesora de Antropología y Ética en la Universidad de Los Andes, Chile.

Alexandrine de La Taille-Trétinville U.

Doctora en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
Profesora e investigadora del Instituto de Historia de la Universidad de los Andes, Chile.
Directora del Centro de Estudios Históricos de Religión y Cultura de la Universidad de los Andes (CEHRC).

Junto con la Iglesia Católica nacen los santos y las santas de Dios. «Evangelios vivientes», cuyo peregrinar en la tierra busca asemejarse al paso del propio Cristo a fin de lograr la Vida Eterna, constituyen ideal y referente para quienes aspiran a la mesa celestial. Por ello, las páginas que recorren la historia de la Cristiandad tienen como protagonistas a estos hombres y mujeres de carne y hueso que lograron hacer propia la *imitatio Christus*.

Si bien señala la doctrina que son santos aquellos que han llegado a la patria eterna, no todos han sido proclamados ni venerados como tales por los fieles en la historia de la Iglesia, debido al desconocimiento de su número e identidad en muchos casos. El proceso que busca reconocer la santidad y lograr la canonización oficial ha tenido su propia y compleja historia desde los orígenes del Cristianismo, pues cada tiempo ha buscado diferentes ideales de santidad, dado que los santos son los renovadores de la Iglesia por excelencia¹. Este artículo propone una síntesis de dicho camino a la luz de la santidad masculina y femenina, para lograr un mejor acercamiento a aquellas selectas figuras de santas que presenta esta muestra de obras de arte.

¹ Morales, José, *Los santos y las santas de Dios*, Rialp, Madrid, 2009, p. 73.

DESDE LOS PRIMEROS MÁRTIRES A LA REFORMA CATÓLICA

A partir de una fe vivida y predicada desde la clandestinidad surgieron los «mártires» o «testigos» –según el origen de la expresión en latín venida del griego²–, cuya sangre demostró su férrea convicción en que Jesucristo era el Hijo de Dios y en la eternidad. La Sagrada Escritura fundamenta el martirio al señalar a Cristo como el testigo por excelencia, quien, portador de la Verdad, sella su testimonio con la muerte en cruz³. La Pasión es la que inspira a los mártires en el modo de padecer, en que predomina la valentía, la firmeza en el testimonio, la mansedumbre y el perdón a los victimarios en un completo olvido de sí⁴.

Desde San Esteban hasta el siglo IV en que el Emperador Constantino permitió a los cristianos ejercer su culto sin ser castigados por ello, los mártires, hombres y mujeres, se han considerado santos. Es decir, sin proceso alguno, los testigos y su propia inmolación bastaron para no tener dudas de que habían alcanzado la salvación. En este grupo destacan, por ejemplo, las mártires Santa Apolonia de Alejandría (s. III. d.C.), Santa Lucía de Siracusa (283-304), Santa Inés de Roma (¿291?-304) y Santa Bárbara de Nicomedia (s. III - s. IV). Como muchas, escogieron sufrir horribles tormentos antes que negar su fe.

Propia del cristianismo primitivo es la tradición hasta hoy vigente de venerar las reliquias. Los cristianos procuraban dar sepultura a estos cuerpos desgarrados por el martirio⁵. Esta práctica no era una novedad, pues se constata en el Antiguo Testamento, en Egipto, en la Grecia clásica y por cierto en Roma. No obstante, con los cristianos dicho culto reviste una dimensión sagrada debido a la sangre derramada por la fe. Terminado el suplicio, los fieles se dividían discretamente por grupos al caer la noche y, muchas veces a riesgo de la propia vida, acudían a recuperar las osamentas, en general maltrechas por los diferentes tormentos a que eran sometidos los mártires: las garras de los leones o el fuego de las brasas. Así recogían cuerpos decapitados, algunos miembros esparcidos e incluso gotas de sangre en telas, para ser trasladados como tesoros a las afueras de Roma, tras los muros y darles una debida sepultura. Incluso a veces debían pagar a los verdugos para poder retirar estos santos restos. En los cementerios ocultos o catacumbas, a cada cual se le asignaba un pequeño terreno y sobre una tabla o un pedazo de piedra, se escribían todos los datos que se pudiesen recabar sobre el mártir: su nombre, la fecha y el tipo de suplicio o el Emperador de su tiempo.

¹ Morales, José, *Los santos y las santas de Dios*, Rialp, Madrid, 2009, p. 73.

² Borriello, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, p. 1.139 y ss.

³ *Ibid.*, p. 1.140.

⁴ *Ibid.*, p. 1.140.

⁵ Boesch Gajano, Sofía, "La santidad como paradigma histórico", *Anuario de Historia de la Iglesia*, UNAV, Vol. 29, 2020, p. 22.

Todos los años, alrededor de cada tumba, se celebraba el aniversario y se oraba junto a ella. Es aquí donde radica la novedad del culto cristiano, ya no hay lugar a la superstición ni al interés propio, sino al contrario, se venera su amor por Cristo hasta el extremo. Estos primeros santos fueron vistos como vencedores ante el mal. Siguiendo las epístolas paulinas⁶, su debilidad devino fortaleza, su vergüenza fue honor y su muerte se transfiguró a triunfo eterno⁷. Se busca entonces imitarlos y se espera su intercesión ante Dios con la certeza de saberlos en el Paraíso⁸. De ahí el poder taumatúrgico que se les atribuye a las reliquias y su progresiva valoración.

Desde las primeras persecuciones es la voz del pueblo –*vox populi*– la que toma la iniciativa del culto a un mártir determinado. Con el tiempo, el obispo del lugar, a partir de los testimonios lo inscribe en el *canon* o lista de los santos mártires; de ahí que ese elenco sea llamado «martirologio» y «canonizado», a quien se le reconoce como santo⁹.

Superada la clandestinidad y luego del Concilio de Nicea (325), el arquetipo de santidad, de acuerdo con los nuevos tiempos, se amplía debido a nuevas experiencias. Surge la figura del «confesor», en el sentido del que confiesa su fe incruentamente, a diferencia de los mártires. Se observan otros espacios de santidad complementarios, más allá de las ciudades, pues estos cristianos buscan alejarse del mundo y, como Cristo, se dirigen preferentemente al desierto, donde la oración es acompañada de la penitencia corporal a fin de conseguir la perfección espiritual. Es la hagiografía la que ha registrado estas vidas ejemplares, reconocidas en su momento por testigos que se maravillaban por la excepcionalidad de estos penitentes¹⁰, quienes escasamente comían y dormían. Ejemplo sobrecogedor representan los estilistas, cuya denominación viene de *stylos*, columna en griego. Se trataba de ascetas que podían vivir años atados a una columna a fin de simbolizar a vista de todos su desprendimiento total del mundo para merecer la Vida Eterna, considerados santos por los cristianos¹¹.

El monacato, en el siglo V, se presenta como una alternativa diferente al extremo de los eremitas. Permite una vida protegida del mundo –el gran enemigo del alma junto al demonio y la carne según la tradición–, a fin de adelantarse a la contemplación beatífica y perfeccionarse desde el claustro para lograr la santidad. Ejemplo connotado es Benito de Nursia (c. 480-546), autor de la Regla benedictina y referente de los monjes. Al multiplicarse

⁶ Dice San Pablo: “Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. En: 2 Corintios 12, 10.

⁷ <https://wrdrels.org/es/2016/10/08/female-martyrs/>, fecha de consulta: 1 de abril de 2021.

⁸ Bouchard, François, *Les reliques de saints. Une source de miracles*, Salvator, Paris, 2013, p. 15-16.

⁹ *Ibid.*, p. 17.

¹⁰ Boesch Gajano, Sofia, “La santidad como paradigma histórico”, p. 24

¹¹ Borriello, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, p. 668.

con diferentes variantes las órdenes monásticas, como Cluny (910) y el Cister (1098), monjes y abades progresivamente nutren el universo de los santos venerados por la Iglesia. Lo mismo ocurre con los obispos, que en su mayoría han tenido una experiencia monástica. Su «prestigio social, cultural, espiritual, componen la fisonomía del pastor de almas, patrón en la vida y en la muerte de la comunidad cristiana»¹². Los relatos hagiográficos recogen sus vidas y entorno siendo una rica fuente no solo para el estudio de la historia de la santidad, sino también de su realidad social y cultural.

Hasta el siglo XI se puede afirmar que el panorama de la santidad está constituido por mártires, eremitas, monjes y obispos principalmente¹³. Si bien la figura femenina está en el martirologio y tiene una presencia más escasa posteriormente, dicha situación se revierte ante la subida a los altares de los monarcas a partir del siglo X aproximadamente¹⁴. En el siglo XIII se habla de una «santidad dinástica», en que reyes y reinas son proclamados santos. Así lo señalan casos conocidos como Santa Isabel de Hungría (1207-1231) y San Luis (1214-1270), rey de Francia.

Santas mujeres se tornan protagonistas del fervor monástico alrededor del siglo XIII. Así como el anacoretismo era desaconsejado para ellas y el sacerdocio estaba reservado a los varones, la opción del claustro se revela como una gran muestra de santidad femenina. Monjas y abadesas que dedican su vida a la oración contemplativa, al trabajo y al estudio intramuros se ven en los altares; algunas además son favorecidas con el don de las experiencias visionarias. Esta posibilidad no excluía por cierto a las viudas, quienes luego de haber estado casadas decidían abandonar el mundo y dedicarse a Dios. Destaca especialmente Hildegarda de Bingen (1098-1179), hoy doctora de la Iglesia, cuyas composiciones literarias, musicales, tratados medicinales, como su correspondencia con San Bernardo de Claraval y el Papa Eugenio III¹⁵, evidencian su talla intelectual, moral y el respeto que se le debía en su tiempo.

Si bien la primera canonización documentada llevada a cabo por un Papa fue la de San Uldarico de Augsburgo el año 993, proclamada por Juan XV¹⁶, fue en el siglo XIII cuando comenzó una nueva fase en la historia de la santidad. Ya no era suficiente el reconocimiento público y la ratificación episcopal. El paso del tiempo había traído consigo desde el tráfico de reliquias falsas a testimonios inverosímiles, prestándose los procesos para confusiones. Por ello, fueron necesarios procedimientos jurídicos y testimonios de mayor

¹² Boesch Gajano, Sofia, “La santidad como paradigma histórico”, p. 26.

¹³ *Ibid.*, p. 27.

¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

¹⁵ Ver: Régine Pernoud, *Hildegarda de Bingen. Una conciencia inspirada del siglo XII*, Paidós, Barcelona, 2018; Hildegarda de Bingen, *Epistolario completo*. Azucena A. Frabosci y otros (eds.), Miño y Dávila, Buenos Aires, 2015.

¹⁶ Gutiérrez, José Luis, “La instrucción «sanctorum mater» de la congregación de las causas de los santos”, *IUS CANONICUM*, XLVIII, N. 96, 2008, p. 659.

especificidad, además de los relatos de las vidas ejemplares y el detalle de los milagros atribuidos al posible santo. El itinerario requiere ahora de los delegados papales, el examen de los cardenales y la aprobación del Papa, quien junto con el Colegio cardenalicio puede inscribir al candidato en el catálogo de los santos y luego proclamar la bula de canonización¹⁷.

Es en este contexto en que las órdenes mendicantes hijas del siglo procuran rápidamente nuevos y grandes santos a la Iglesia, reluciendo la santidad femenina. Francisco (1181-1226) y Clara de Asís (1194-1253) son canonizados prontamente, solo dos años después de morir. Asimismo, florecen las místicas, quienes logran la unión total con Cristo y a la vez influyen desde su retiro en la vida pública como fue el caso de Catalina de Siena (1347-1380), también hoy doctora de la Iglesia, canonizada en 1461.

El interés por conocer las vidas de los santos crece progresivamente y son comunes en el siglo XV la reescritura de biografías edificantes, el rescate de textos antiguos y las hagiografías modernas. De acuerdo al humanismo imperante, se busca la mayor veracidad posible en la narración¹⁸.

En el contexto de la gran crisis religiosa del siglo XVI, la Reforma protestante fue crítica a los santos, negó tanto la existencia de muchos de ellos¹⁹ como la veneración de reliquias. Era una protesta frente a las ventas e imitaciones de presuntos restos de santos y a los casos de «falsa santidad»²⁰. En la misma línea, los detractores de la Iglesia Católica fueron iconoclastas, como los judíos, rechazando el culto a las imágenes por asociarlas a prácticas de idolatría. Si bien la Iglesia Católica había iniciado en paralelo un itinerario propio de cambios y renovación interna con la Reforma Católica²¹, el Concilio de Trento fue la voz oficial al respecto. A pesar de las críticas y los abusos, fiel a la tradición eclesial, refrendó su postura y reafirmó a los santos como intercesores para conseguir la gracia divina: «En punto a la invocación, veneración y reliquias de los santos y sagradas imágenes, manda el Concilio, que enseñen al pueblo con grande diligencia, que los Santos en el cielo ruegan por los hombres, y que es útil invocarlos y recurrir a sus oraciones». Con respecto a las imágenes, señala que las de Cristo, la Virgen María y los santos «deben tenerse en los altares de los templos, y tributárseles el honor debido, no porque en ellas está la divinidad o alguna virtud, sino porque el honor redundará en la cosa que representan: y encarga a los Obispos que

¹⁷ Boesch Gajano, Sofía, "La santidad como paradigma histórico", p. 30.

¹⁸ *Ibid.*, p. 36.

¹⁹ Baños Vallejo, Fernando, "Lutero sobre la hagiografía y los hagiógrafos sobre Lutero", *Studia Aurea*, 13, 2019, pp. 7-40.

²⁰ Millar, René, "Las hagiografías y los procesos de canonización como fuentes para la historia de la religiosidad en la América Hispana", *Revista Historia Universidad de Concepción*, N° 20, vol. I, enero-junio 2012. pp. 142 y ss.

²¹ Lortz, Joseph, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, tomo II, Edad Moderna y Contemporánea, Ediciones Cristiandad, traducción de Agustín Andreu Rodríguez, Segunda edición, Madrid, 2008, pp. 194-196.

enseñen que por medio de las historias de nuestra redención representadas en pintura, se instruye y confirma al pueblo recordándole los artículos de la fe, los beneficios y dones que Dios le ha concedido, los saludables ejemplos de los santos y los milagros que Dios ha obrado por ellos. El Concilio anatematiza por consiguiente a todos los que enseñan lo contrario»²².

El corolario de este proceso que buscaba fortalecer el lugar protagónico de los santos en la vida de la Iglesia Católica y establecer un proceso acorde a los tiempos modernos fue la institución en 1588 de la Sagrada Congregación de los Ritos por parte del Papa Sixto V²³. Clave en los procesos de canonización, dicho organismo aseguraba un procedimiento con una reglamentación jurídica clara y precisa, siendo el centro la práctica de las virtudes heroicas por parte de los candidatos a la santidad. A los pocos años, Clemente VIII²⁴ crea la Congregación de los Santos, a fin de distinguir los procesos ordinarios, dependientes de la autoridad local, de los procesos apostólicos²⁵.

Históricas son las canonizaciones de Teresa de Ávila, Felipe Neri, Ignacio de Loyola, Francisco Javier e Isidro Labrador en 1622 pues llevaban a la práctica las nuevas disposiciones de la Santa Sede. Los cuatro primeros, fieles representantes de la Reforma Católica, subían a los altares, luego del cisma religioso demostrando la pervivencia de la santidad. El caso de Teresa es singular, santa reformadora, cuya fuerza se mantiene y ha traspasado el mundo monástico femenino por los siglos hasta los más recónditos lugares.

EL RECONOCIMIENTO DE LA SANTIDAD EN LOS TIEMPOS MODERNOS Y CONTEMPORÁNEOS: DESAFÍO Y VIGENCIA

En el siglo XVII, tras los estudios de los bolandistas²⁶, encargados de examinar el culto a los santos y de autentificarlos en el *Acta Sanctorum*, se vuelve a normar²⁷. El Papa Urbano VIII²⁸ establece un procedimiento suplementario a fin de evitar beatificaciones y canonizaciones excesivamente rápidas y, por lo mismo, dudosas. Además, se introduce la figura del

²² *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, traducido al castellano por Ignacio López de Ayala, Imprenta de Ramón Martín Indáb, Barcelona, 1847, p. XLII. Sesión XXV, del día 2 de diciembre de 1563.

²³ Sixto V (1521-1590) fue Papa entre 1585 y 1590.

²⁴ Clemente VIII (1536-1605) fue Papa entre 1592 y 1605.

²⁵ Boesch Gajano, Sofía, "La santidad como paradigma histórico", pp. 41-42.

²⁶ Los bolandistas fueron jesuitas eruditos, seguidores de Juan Bolland (1596-1665) en el estudio de las causas de los santos católicos.

²⁷ Vauchez, André, *Christianisme. Dictionnaire de temps, des lieux et des figures*, Éditions du Seuil, 2010, p. 522.

²⁸ Urbano VIII (1568-1644) fue Papa entre 1623 y 1644.

²⁹ Renoux, Christian, "Une source de l'histoire de la mystique moderne revisitée: les procès de canonisation", *Mélanges de l'école française de Rome*, Année 1993, p. 185.

promotor de la fe o «abogado del diablo» para dar mayor credibilidad a los procesos y evitar abusos²⁹ como la llamada «fabricación de los santos»³⁰. Los milagros³¹, que históricamente han constituido parte fundamental en los procesos de santidad y aun lo son³², paulatinamente dejan paso en importancia a las pruebas testimoniales de la heroicidad de las virtudes en la vida del santo consignadas en la documentación oral y escrita. Así como las hagiografías antiguas y medievales se detenían especialmente en estos signos sobrenaturales, los nuevos procesos, reflejos de época y rica fuente historiográfica, son cautos al tratar los fenómenos maravillosos a fin de demostrar mayor verosimilitud³³. De la misma época data la primera beatificación en su acepción actual, «concesión de culto otorgada por el Papa para un ámbito localmente restringido»³⁴. Se trata del caso de San Francisco de Sales en la Basílica de San Pedro en Roma en 1662 bajo el pontificado de Alejandro VII³⁵. En adelante, esta será condición dentro del proceso, cada vez más documentado y preciso.

Durante el siglo XIX la devoción a la Virgen María adquiere renovada fuerza. La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, las diversas apariciones ocurridas en dicha centuria y, por cierto el legado de la tradición, atraen más que nunca a los católicos a la Madre de Dios y la devoción a los santos pareciera «perder terreno» en palabras del especialista André Vauchez³⁶.

Un nuevo horizonte se abre para los modelos de santidad en la época contemporánea. El Concilio Vaticano II (1962-1965) en su constitución dogmática *Lumen Gentium*, con optimismo, refrenda y renueva el llamado universal a la santidad a partir de la Sagrada Escritura: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Desde una perspectiva antropológica, afirma que la «santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena», enfatiza que la búsqueda de la perfección con la entrega del alma a «la gloria de Dios y al servicio del prójimo [...] producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos»³⁷. Con un lenguaje

³⁰ La llamada «fabricación de los santos» se refiere a la falsedad que pudiera existir de algunos procesos de canonización. Desde una mirada crítica, ver: Woodward, Kenneth L., *La fabricación de los santos*, Ediciones B., Barcelona, 1991.

³¹ Alberto Royo, «El Proceso de canonización», *Revista española de documentación científica REDC*, 70, 2013, p. 580.

³² Boesch Gajano, Sofia, «La santidad como paradigma histórico», p. 44; Millar, René, «Las hagiografías y los procesos de canonización como fuentes para la historia de la religiosidad en la América Hispana», p. 144.

³³ Un completo análisis teórico y aplicado a casos concretos realiza el historiador y especialista René Millar en: *Santidad, falsa santidad y posesiones demoniacas en Perú y Chile*, Ediciones UC, Santiago, 2010.

³⁴ Gutiérrez, José Luis, «La instrucción «sanctorum mater» de la congregación de las causas de los santos», p. 659.

³⁵ *Ibid.* Alejandro VII (1599-1667) fue Papa entre 1655 y 1667.

³⁶ Vauchez, André, *Christianisme. Dictionnaire de temps, des lieux et des figures*, p. 522.

³⁷ Constitución dogmática sobre la Iglesia. *Lumen Gentium*, Concilio Vaticano II, 40. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html Consulta: abril 2021.

moderno recoge las disposiciones tridentinas y las actualiza al promover y explicar que el «verdadero culto a los santos» consiste en seguir el ejemplo de su vida, la búsqueda de la participación en la intimidad de su alma y la certeza de su poder intercesor ante el Altísimo³⁸. Reafirma, como cuatrocientos años antes, que el trato con los «bienaventurados» en ningún caso va en desmedro de la relación con Dios, sino que la enriquece copiosamente³⁹.

En la huella del Concilio, Pablo VI⁴⁰ en 1969 actualiza el proceso de canonización e instaura la Congregación para las causas de los Santos a partir de la Sagrada Congregación de los Ritos de 1588. Dicho organismo se encarga hasta la fecha de todos los asuntos relacionados con la beatificación y canonización de los «siervos de Dios». Por su parte, el pontificado de Juan Pablo II⁴¹ que ha marcado la historia de la Iglesia por muchos motivos: su origen polaco, los 26 años que permanece en el lugar de San Pedro, los recorridos activos por el mundo, su rol político clave en los países de Europa del Este, su concepción antropológico-espiritual estampada en innumerables escritos; también ha sido gravitante en la historia de la santidad. En este sentido, tal vez uno de sus legados más significativos lo constituye su férrea opción por restaurar y asentar la figura de los santos como líderes espirituales en el mundo contemporáneo, provocando una verdadera «revolución» debido a la gran cantidad de beatificaciones (1341) y canonizaciones (483) llevadas a cabo siendo Obispo de Roma. Transmite una clara y eficiente voluntad por promover figuras de personas santas en países que no los tuvieran y concluir los procesos ya iniciados en forma expedita. Así ocurre en Chile y será una monja carmelita la primera en recibir el título de santa: Teresa de Los Andes en 1993. Procura asimismo acercar a la santidad mediante figuras contemporáneas como lo muestran la italiana Gianna Beretta Molla (1922-1962), médico, madre de familia y que muere al dar a luz a su último hijo o el capuchino estigmatizado Pío de Pietrelcina (1887-1968), que ofrecen carismas y caminos muy diversos, a fin de que todos los fieles puedan lograr identificarse o edificarse mediante sus ejemplos sin exclusiones.

Estas prácticas de beatificación y canonización, ampliamente difundidas, tuvieron un denso aparato teórico. Los procedimientos fueron reformulados mediante la Constitución apostólica *Divinus perfectionis magister* de 1983, aún vigente, la cual contiene la nueva legislación relativa a las causas de los santos. Debido al «progreso experimentado por las disciplinas históricas», su propósito era «dotar a la congregación competente con un instrumento más adecuado de trabajo y que responda mejor a los postulados de la crítica». Consideraba el Papa polaco que era oportuno simplificar las normas, revisar,

³⁸ *Ibid.*, 51.

³⁹ *Ibid.*, 170.

⁴⁰ Pablo VI (1897-1978) fue Papa entre 1958 y 1978. Canonizado en 2018.

⁴¹ Juan Pablo II (1920-2005) fue Papa entre 1978 y 2005. Canonizado en 2014.

reestructurar y agilizar los procedimientos, a fin de satisfacer las exigencias de expertos y obispos, quienes debían asociarse más directamente en los procesos, «salvaguardando naturalmente la solidez de las investigaciones en un asunto de tanta importancia». Uno de los grandes cambios fue el relativo a los milagros, al exigir solo uno y no dos para lograr tanto la beatificación como la canonización. Esta novedad, lejos de contrariar la tradición eclesial, puesto que se trataba de una reducción numérica y no una eliminación, reforzaba una vez más que lo principal era la fama de santidad apoyada en el ejercicio heroico de las virtudes⁴².

Brevemente, el documento papal detalla y explica cuidadosamente los pasos y requisitos de los procesos, los cuales a grandes rasgos se resumen en tres. Primero, las investigaciones que han de realizar los obispos, incluyendo el nombramiento del postulador, el examen de los escritos, de los milagros atribuidos y las virtudes por parte de censores teólogos. Segundo, el rol de la Sagrada Congregación para las causas de los santos, encabezada por el cardenal prefecto, que debe estudiar profundamente las causas y discernir sobre la autenticidad y conservación de reliquias, acude a un consejo de medicina para someter al juicio de expertos las curaciones y otros consultores, para los temas que lo requieran. Tercero, la normativa sobre el proceder de la Sagrada Congregación, la cual, luego de profundos estudios y consultas al expediente de los candidatos o «*Positio*»⁴³, debe entregar para su aprobación final la causa al Sumo Pontífice, el único competente para decretar el «culto público eclesiástico que se debe entregar a los siervos de Dios»⁴⁴.

LAS PRIMERAS SANTAS DE LA HISTORIA

Al repasar la historia del origen de la Iglesia, el Papa Benedicto XVI constataba la contribución decisiva que han ofrecido las mujeres al desarrollo del cristianismo. «La Iglesia da gracias por todas las mujeres y por cada una, (...) por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina»⁴⁵, recalca citando

⁴² Alberto Royo Mejía, «El proceso de canonización», REDC 70 (2013) p. 567 y ss.

⁴³ *Positio* es el nombre que se da a los expedientes de canonización de la Iglesia Católica desde la actualización de los procesos en 1983. Señala el *Diccionario panhispánico del español jurídico* en la voz *Positio*: «En el contexto de las causas de los santos, designa el estudio de las causas que hay que discutir ante los consultores, los prelados y los cardenales. En la actual Congregación de las Causas de los Santos, desde la normativa de 1983, se imprimen solamente positios sobre las virtudes y la fama de santidad (o sobre el martirio) y sobre el milagro. Por lo que respecta a su contenido se distingue: el *summarium*, común a todo tipo de *positios* y cuyo valor dependerá del valor de las declaraciones de los testigos, y la *informatio*, parte teológica en virtud de la cual se prueban las virtudes o el martirio». En: <https://dpej.rae.es/lema/positio> Fecha de consulta: 6 de abril de 2021.

⁴⁴ Juan Pablo II, *Constitución Apostólica Divinius Perfectionis Magister. Sobre la nueva legislación relativa a las causas de los santos*. 25 de enero de 1983. En vatican.va, fecha de consulta: 6 de abril de 2021.

⁴⁵ Benedicto XVI, Audiencia general, febrero 2007.

uno de los documentos más conocidos de Juan Pablo II, la carta apostólica «*Mulieris dignitatem*»⁴⁶. En esa oportunidad daba gracias también a Dios «porque Él conduce a su Iglesia, de generación en generación, sirviéndose indistintamente de hombres y mujeres, que saben hacer fecunda su fe y su bautismo para el bien de todo el Cuerpo eclesial para mayor gloria de Dios». Y concluía: «La historia del cristianismo hubiera tenido un desarrollo muy diferente si no se hubiera dado la aportación generosa de muchas mujeres». Es esta contribución femenina la que queremos destacar en el catálogo de la colección *Gandarillas* de este año. En la Iglesia primitiva, las mujeres tuvieron un papel de responsabilidad. En esas primeras comunidades cristianas cada uno cumplía funciones específicas.

A continuación, mostraremos la vida de algunas santas –la mayoría mártires– de los siglos del naciente cristianismo. Desde sus comienzos, las primeras comunidades cristianas sufrieron una fuerte persecución por parte del judaísmo. A pesar de todo, en menos de cuatro lustros desde la muerte de Jesús, el cristianismo había se había extendido a Atenas, Corinto, Éfeso, Colosas, Tesalónica, Filipos, y Roma, la capital del Imperio. El cristianismo se enfrentó a las costumbres del Imperio, que imponía barreras raciales, discriminaba a la mujer, no sentía mayor preocupación por los más desprotegidos de la sociedad.

«Frente a ese imperio, el cristianismo predicaba a un Dios ante el cual resultaba imposible mantener la discriminación que oprimía a las mujeres, el culto a la violencia que se manifestaba en los combates de gladiadores, la práctica del aborto o el infanticidio, la justificación de la infidelidad masculina y la deslealtad conyugal, el abandono de los desamparados, etc.»⁴⁷.

Los siglos siguientes fueron duros para quienes abrazaron la fe, porque el Imperio romano no era cristiano y en algunas temporadas se acosó duramente a los que profesaban su fe en Cristo. Muchos cristianos dieron su vida por defender su fe y son venerados como mártires.

Paradójicamente esas persecuciones no lograron su propósito, sino que como señalaba Tertuliano en el año 197, «la sangre [de los mártires fue] semilla de los cristianos»⁴⁸. Una idea similar se encuentra ya a mitad del siglo II, en el discurso de un autor desconocido dirigido al pagano Diogneto: «¿No ves cómo los cristianos son arrojados a las fieras para obligarlos a renegar, y no son vencidos? ¿No ves que, cuanto más se los castiga, en mayor cantidad aparecen otros?»⁴⁹. Hipólito Romano, contemporáneo de Tertuliano, escribía durante la persecución de Septimio Severo, que un gran

⁴⁶ San Juan Pablo II, 15 de agosto de 1988.

⁴⁷ Alfonso Aguiló, www.interrogantes.net Fecha de consulta: noviembre de 2020.

⁴⁸ Tertuliano, *Apología*, 50.

⁴⁹ *Epístola a Diogneto* 7, 7-8.

número de hombres, atraídos a la fe por medio de los mártires, se convertían a su vez en mártires⁵⁰.

Los procesos verbales redactados por las autoridades romanas se pusieron por escrito en las llamadas Actas de los mártires. Los *notarii* recogían taquigráficamente todos los actos del proceso de un tribunal, concretamente el interrogatorio, por medio de notae o signos de abreviación. Luego se convertían a la escritura vulgar, y así se conservaban en los archivos judiciales. Muchas de las actas fueron destruidas por el emperador Diocleciano en el s. III. Él se había dado cuenta de que eran muy ejemplares y removían a la gente. Por eso ordenó recogerlas y quemarlas públicamente. Los historiadores eclesiásticos, como Lactancio, Eusebio o Sócrates, relataron la crueldad de esas persecuciones.

Más tarde, se construirían en base a esos relatos algunas leyendas –como la de Santa Catalina de Alejandría, por ejemplo– de las que es muy razonable dudar de su veracidad. Además, sobre todo a partir del siglo IV con Teodosio, se estableció un comercio de reliquias, lo que contribuyó a dudar de la historicidad de los martirios que narraban. Sin embargo, no cabe duda de que hay una base real que está sustentada por los testimonios que se conservan.

SANTA ANA (s. I a. C. – s. I d. C.)

De acuerdo a una antigua tradición proveniente del siglo II, los padres de la Virgen María se llamaban Joaquín y Ana. El culto a santa Ana se inició en el siglo VI en la Iglesia oriental, y pasó a la occidental en el siglo X; el culto a san Joaquín es más reciente⁵¹.

Lamentablemente se sabe poco a ciencia cierta sobre ellos. Lo que ha llegado hasta nuestros días proviene de escritos apócrifos: el Evangelio de la Natividad de María, el Evangelio apócrifo de Mateo y el *Protoevangelium* de Santiago. Es verdad que el *Protoevangelium* era en Oriente una fuente con gran autoridad –incluso se leían algunas partes en las fiestas de la Virgen María–, pero en Occidente fue rechazado por los Padres de la Iglesia. La Iglesia no había aceptado los escritos apócrifos como parte del canon de la Biblia porque, aunque contenían algunos datos de documentos históricos, también narraban muchos detalles poco confiables y es difícil distinguir unos de otros. En el siglo XIII, algunas partes del *Protoevangelium* de Santiago fueron incorporadas por Jacobus de Vorágine en su «Leyenda Dorada». Desde entonces la historia de Santa Ana se propagó por Occidente hasta convertirse en una de las santas más populares de la Iglesia latina.

El *Protoevangelium* cuenta que Joaquín y Ana eran un matrimonio que vivía en Nazaret. No tenían hijos. Eran gente piadosa. Un día de fiesta, Joaquín se presentó en el Templo para ofrecer un sacrificio, pero Rubén lo rechazó con el argumento de que los hombres sin descendencia no eran dignos de ser admitidos. Joaquín, profundamente triste, se fue a las montañas a presentarse ante Dios en vez de volver a su casa. Ana, al saber por qué su marido llevaba tanto tiempo fuera de su casa, pidió a Dios que levantara la maldición de la esterilidad y le prometió que consagraría su hijo al servicio del Señor.

Dios –como siempre hace– oyó sus oraciones; un ángel visitó a Ana y le dijo que daría a luz y que el fruto de sus entrañas sería bendecido por todo el mundo. Joaquín recibió la misma promesa y entonces volvió a su casa. Ana dio a luz una hija a quien llamó Miriam (María).

Narra una antigua tradición que Joaquín y Ana se trasladaron a Jerusalén. Allí nació y creció la Virgen María. Hay una iglesia construida en el siglo IV, posiblemente por Santa Elena (madre del emperador Constantino), sobre el lugar de la casa de San Joaquín y Ana. A lo largo de los siglos ha ido variando su nombre: Santa María, Santa María ubi nata est, Santa María en Probatice, Santa Probatice y Santa Ana. Durante la invasión musulmana a fines del siglo IX, las tumbas de los padres de la Virgen se convirtieron en una escuela. La cripta original fue descubierta el 18 de marzo de 1889.

Se dice que las reliquias atribuidas a Santa Ana fueron llevadas desde Tierra Santa a Constantinopla en el 710. Allí fueron depositadas en la iglesia de Santa Sofía en 1333. La tradición de la Iglesia de Apt, en el sur de Francia, dice que el cuerpo de Santa Ana fue trasladado a ese lugar por San Lázaro, el amigo de Jesús, escondido por San Auspicio (+398) y vuelto a encontrar durante el reino de Carlomagno. La cabeza de Santa Ana se mantuvo en Mainz hasta el 1510, cuando fue robada y llevada a Düren, Alemania. Como es lógico, desgraciadamente no se puede asegurar la autenticidad de esas reliquias.

Con respecto a su veneración, en 1382, el Papa Urbano VI publicó el primer decreto pontificio referente a ella, concediendo la celebración de la fiesta de la santa a los obispos de Inglaterra exclusivamente, tal como se lo habían pedido algunos ingleses. La fiesta fue extendida a toda la Iglesia de Occidente en 1584. Actualmente hay una imagen suya especialmente venerada en Notre Dame D'Auray (Vannes, Francia) y es la patrona de Quebec (Canadá). Santa Ana es patrona de las mujeres que van a alumbrar y de los mineros.

Existen diversas maneras más o menos elaboradas de representarla: en las más simples aparecen en el centro María, Ana, y el Niño, sobrevoladas por el Espíritu Santo. En otras aparece sujetando un libro abierto, lo que «hace referencia a la educación de María por atribuir la devoción popular a la santa

⁵⁰ Cfr. *Comentario sobre Daniel*, II, 38.

⁵¹ De los sermones de san Juan Damasceno, obispo, *Sermón 6, sobre la Natividad de la Virgen María*, 2.4.5.6

una función educadora, aunque los apócrifos dicen que María abandonó el hogar de sus padres a los tres años para ser consagrada al templo»⁵². La Iglesia celebra su memoria el 26 de julio.

SANTA MARÍA MAGDALENA (s. I d. C.)

Otra santa mujer que destaca por su cercanía con Jesucristo es María Magdalena. Cuentan los Evangelios que, después de la segunda fiesta de la Pascua judía en Jerusalén, Jesús volvió a Galilea. Allí fue invitado a comer por un fariseo rico llamado Simón. De pronto entró una mujer al banquete, se arrodilló ante Jesús, y se puso a llorar mientras rompía un frasco de perfume, y bañaba los pies del Señor con sus lágrimas. Aquella mujer era conocida en la ciudad como una pecadora: María de Magdala. Cuenta el Evangelio que «viendo esto el fariseo que lo había invitado decía para sí: Si este fuera profeta sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora. Jesús tomó la palabra y dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó: Maestro, di. Un prestamista tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo con que pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más? Simón contestó: estimo que aquel a quien se le perdonó más. Entonces Jesús le dijo: Has juzgado con rectitud. Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para limpiarme los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso, pero ella desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho»⁵³.

María Magdalena acompañó luego a Jesús durante su crucifixión y permaneció junto a la Virgen: «Y estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena»⁵⁴. A continuación fue testigo del entierro del Señor: «Informado por el centurión, entregó el cuerpo muerto a José [de Arimatea]. Entonces éste, después de comprar una sábana, lo descolgó y lo envolvió en ella, lo depositó en un sepulcro que estaba excavado en una roca e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. María Magdalena y María la de José observaban dónde lo colocaban»⁵⁵. Más tarde fue la primera persona a la que se apareció Jesús resucitado⁵⁶. Y ella

⁵² Rodríguez Peinado, Laura (2017): "Santa Ana Triple", *Base de datos digital de iconografía medieval*. Universidad Complutense de Madrid. En línea: <https://www.ucm.es/bdiconografiamedieval/santa-ana-triple>
Fecha de consulta: diciembre de 2020.

⁵³ Lucas 7, 36-50.

⁵⁴ Juan 19, 25.

⁵⁵ Marcos 15, 45-47.

⁵⁶ Juan 20, 11-18.

misma anunció la Resurrección a los apóstoles. Por eso, Santo Tomás de Aquino la llama Apóstol de Apóstoles⁵⁷.

Al parecer, una vez que Jesús ascendió al cielo, la Magdalena se fue a Éfeso con María, la madre de Jesús, y vivió allí hasta su muerte.

A partir del 22 de julio de 2017, la Iglesia celebra litúrgicamente el día de Santa María Magdalena no como una simple «memoria», sino como una «fiesta», con su Misa propia, igual que las de los apóstoles. Esta decisión «se encuadra en el actual contexto eclesial, que pide una reflexión profunda sobre la dignidad de la mujer»⁵⁸.

La figura de María Magdalena ha sido representada en el arte de maneras muy variadas, según las narraciones en que aparece en diversos pasajes del Evangelio. A veces se la muestra como la mujer pecadora que se arrepintió de su vida pasada y lavó los pies de Jesús con sus lágrimas, ungiéndolos con un rico perfume. Otras, junto a la Virgen al pie de la Cruz. Y, por último, como la mujer a la que se apareció Cristo resucitado, que corrió a anunciar el milagro a los apóstoles.

SANTA APOLONIA (s. III d. C.)

Santa Apolonia vivía en Alejandría. Había sido bautizada y educada en la fe desde pequeña. Cuando era joven, decidió dedicar su vida entera a Dios y renunció a casarse. Se dedicó a las obras de caridad y ayudó a la iglesia local como diaconisa, lo que era costumbre en la antigüedad.

En tiempos del emperador Felipe, alrededor del año 248, un poeta que practicaba la magia salió a la calle anunciando que, si no se exterminaba a los cristianos, podrían ocurrir calamidades en la ciudad. Según relata el obispo Dionisio Alejandrino, primero acorralaron a un anciano llamado Metro y le obligaron a blasfemar contra Jesucristo. Como él no cedió, lo apalearon y luego lo lapidaron en las afueras de la ciudad. Algo similar hicieron con una matrona, Cointa. Se desató una violenta persecución contra los cristianos. Hubo incendios y saqueos. La enajenada muchedumbre buscó entonces a Apolonia, empeñada en hacerla blasfemar. Como ella permanecía en silencio, le rompieron los dientes con una piedra. La amenazaron con quemarla si no renegaba de su fe. Ella pidió un tiempo para reflexionar. Al cabo de un rato, entró decididamente en la hoguera, ante el asombro de sus verdugos. Sus dientes fueron recogidos como reliquias que se distribuyeron por las iglesias⁵⁹.

⁵⁷ Super Ioannem, ed. Cai, 2519.

⁵⁸ Arthur Roche, miembro de la Congregación para el Culto Divino.

⁵⁹ Cfr. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 1.6.41.

Se la representa sufriendo martirio a manos de un verdugo que tiene una piedra en la mano para golpearle la boca. Por esa razón, es la patrona de los dentistas. La Iglesia celebra su fiesta como virgen y mártir el 9 de febrero.

SANTA LUCÍA DE SIRACUSA (s. III-IV d. C.)

No se tienen datos históricos seguros sobre su vida. Las actas que se conservan de su martirio son apócrifas. Sufrió el martirio durante la persecución de Diocleciano, en la ciudad de Siracusa (Sicilia), el 13 diciembre de 304⁶⁰.

Esta *Passio* o relato de su martirio fue escrita en el siglo V o el VI. Hay una versión griega y otra latina. Se propone exaltar la virginidad cristiana y es bastante probable que haya conservado algo de la verdad histórica principal sobre esa santa.

De acuerdo a esta narración, Lucía pertenecía a una familia cristiana, rica y noble. Su madre, Eutiquia, enviudó joven y comprometió a su hija con un joven pagano. Al parecer, Lucía no estuvo de acuerdo con esta decisión porque había decidido consagrarse por entero a Dios y permanecer virgen. Su madre enfermó y ambas acudieron a la tumba de Santa Águeda a implorar su curación.

Lucía cayó en una especie de sueño, donde vio a Santa Águeda que le dijo: «Lucía, hermana querida, ¿por qué me pides a mí lo que tú misma puedes obtener en favor de tu madre? Has de saber que por tu fe ha conseguido la curación, y así como Jesucristo ha hecho por mí famosa la ciudad de Catania, igualmente por ti hará célebre la ciudad de Siracusa, porque en tu virginal corazón le has preparado una agradable mansión».

Al despertar, Lucía le contó a su madre la visión que acababa de tener. Eutiquia, conmovida por el favor de la recuperación de su salud, aceptó la propuesta que le hizo su hija: entregar a los pobres de Cristo la dote que pensaba darle. Su prometido se molestó tanto que la denunció como cristiana ante el juez Pascasio. Este la amenazó: «Se acabarán tus palabras cuando pasemos a los tormentos». «A los siervos de Dios, contestó Lucía, no les pueden faltar las palabras, pues el Señor Jesucristo les ha dicho: Cuando seáis llevados ante gobernadores y reyes, no os preocupéis de cómo o qué habéis de decir, porque se os dará en aquel momento lo que habéis de decir; pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros»⁶¹.

Pascasio le preguntó: «¿Acaso está en ti el Espíritu Santo?», y Lucía le contestó:

«Los que viven piadosa y castamente son templos del Espíritu Santo». Y él le respondió: «Pues yo te haré llevar a un lugar infame para que el Espíritu Santo te deje». Ella no se amedrentó y le repuso: «Si ordenas que sea violada por la fuerza, mi castidad será honrada con doble corona».

El juez mandó a los soldados que la llevaran a un prostíbulo; pero una fuerza especial la mantenía en su lugar. Luego la cubrieron de resina y materias inflamables, le prendieron fuego; pero no le ocurrió nada. El juez ordenó entonces degollarla. Su cuerpo fue enterrado en Siracusa. Al parecer, sus reliquias permanecieron allí hasta el s. VIII, desde donde fueron trasladadas a Corfino, en los Abruzos, y luego a Metz, por concesión de Otón I.

Otra versión dice que en 822 fue trasladada a Constantinopla y luego a Venecia, cuando esa ciudad fue ocupada por los cruzados. Primero habrían estado en el monasterio de San Jorge y luego en una iglesia dedicada a la santa.

El más antiguo testimonio de su culto se remonta a una inscripción auténtica de fines del siglo IV en la catacumba de San Giovanni de Siracusa, que dice: «Euskia... murió en la fiesta de mi Santa Lucía...». El *Sacramentarium Gelasianum* y el *Gregorianum* señalan su fiesta el 13 de diciembre. En la misma fecha la conmemora el *Martyrologium Hieronymianum*. Ya en el siglo VI existía en Roma un monasterio, además del de Siracusa, consagrado a su memoria. Honorio I (625-638) le consagró una iglesia. Su nombre con el de Santa Águeda fue introducido en el canon de la misa, quizá por San Gregorio Magno.

El arte cristiano la representa llevando en un plato sus propios ojos. No hay ningún dato histórico que fundamente este hecho. Algunos piensan que proviene de su nombre, que significa luz. Los ojos serían el símbolo de esta. Se la venera como protectora de la vista. Su fiesta se celebra el 13 de diciembre.

SANTA INÉS DE ROMA (s. III d. C.)

No se tienen muchos datos de su vida. Probablemente su familia era cristiana. Cuenta la tradición que un joven quiso casarse con ella, pero, al igual que las santas precedentes, ella había consagrado a Dios su virginidad. El hijo del prefecto de Roma se enamoró de ella. Como Inés no le correspondió, él la acusó delante de su padre que averiguó que era cristiana. La llevaron ante un tribunal. No se sabe exactamente cómo fue martirizada. Al parecer era muy joven, tenía solo 13 años. La mayoría de los historiadores cree que fue víctima de la persecución de Diocleciano (304). Otros afirman que murió en la persecución de Valeriano (258-260).

⁶⁰ Cuéllar, Fidel G. *Gran Enciclopedia Rialp*, voz Santa Lucía, Editorial Rialp, 1991.

⁶¹ Mt 10,18-ss.

El Papa San Dámaso (366-384) le dedicó, como a otros mártires, un poema que se conserva aún en su mármol original, en la basílica donde fue sepultada en la vía Nomentana. La mandó construir la hija de Constantino, Constanza. Esta basílica fue restaurada por el papa Símaco (498-514) y totalmente reedificada por el papa Honorio I (625-638), que mandó colocar un bello mosaico en el ábside, representando a Inés entre los pontífices Símaco y Honorio, vestida a la usanza bizantina.

En el s. XVII volvió a ser restaurada por iniciativa de los cardenales Medici y Sfondrati. El papa Honorio III (1216-27) trasladó la cabeza de la mártir al Sancta Sanctorum de la basílica de San Juan de Letrán, de donde en tiempos recientes pasó a la basílica dedicada a la santa en Piazza Navona.

Desde el siglo VI la iconografía la representa como una joven con un cordero, algunas veces en sus brazos, otras a sus pies. El cordero es un símbolo de la pureza y haría alusión a su nombre: Agnes, es la transcripción latina del adjetivo griego *agne* que significa pura, casta. También podría derivar del latín *agnus*, cordero. Una tradición cuenta que la mataron de la misma forma que a estos animales. Así se la representó por ejemplo entre las vírgenes en la basílica de S. Apollinare Nuovo, en Rávena o por el Giotto, fra Angélico o los artistas renacentistas Andrea del Sarto, Tintoretto y Domenichino.

La Iglesia celebra su fiesta el 21 de enero. En ella se bendicen en Roma dos corderos blancos tras la misa que se celebra en la basílica de la Nomentana. Con su lana se confeccionan los palios⁶² que usan los papas, patriarcas y arzobispos en las ceremonias litúrgicas más solemnes.

El nombre de santa Inés aparece en el Canon Romano. San Jerónimo escribió acerca de ella: «La vida de Inés es alabada en todas las iglesias por las plumas y las lenguas de todos los pueblos, porque, sobreponiéndose a la flaqueza de su edad, triunfó del tirano y consagró con el martirio el honor de la castidad»⁶³.

SANTA BÁRBARA DE NICOMEDIA (s. III d. C.)

Su familia era pagana. Vivían en Nicomedia. Su padre era un hombre rico, el gobernador romano Dióscoro. Con el objeto de protegerla del mundo exterior porque era tal su hermosura que temía que los hombres la sedujeran si podían admirarla, la encerró en una torre. A Bárbara le gustaba estudiar la naturaleza y la filosofía. Era la época del tránsito de las persecuciones

⁶² Los palios son unas bandas de lana adornadas con seis cruces de seda que les envía el Papa a los obispos metropolitanos como signo distintivo de su especial dignidad.

⁶³ Carta a Demetriade.

al edicto de Milán, que por fin garantizará la libertad de la Iglesia en todo el Imperio.

Bárbara rechazó una propuesta de matrimonio recibida a través de su padre. Al ver la crueldad con la que se trataba a los cristianos, Bárbara se conmovió profundamente. Tenía una esclava, Juliana, con la que había trabado una profunda amistad. Antes de morir, Juliana le habló de la fe cristiana, y Bárbara decidió abrazar el cristianismo. Después descubrió también que también su madre –que había fallecido cuando Bárbara era pequeña– se había convertido poco antes de morir.

El año 288 d.C., en plena persecución de los cristianos, su padre ordenó que se construyera un baño con dos ventanas para ella, cerca de su casa. Mientras él estaba de viaje, Bárbara hizo poner en ese cuarto tres ventanas, como un símbolo de su devoción a la Santísima Trinidad. Cuando su padre regresó, ella le confesó que se había convertido al cristianismo. Su padre reaccionó muy mal, la maltrató y la llevó al prefecto de la provincia, Martiniano. Este la torturó cruelmente, y finalmente la condenó a morir decapitada. Su propio padre ejecutó la sentencia. Sin embargo, Dios permitió que un rayo lo fulminara mientras volvía a su casa⁶⁴.

La iconografía tradicional la representa con su corona de princesa, así como la palma del martirio, y suele situar la torre donde fue encerrada por su padre, para hacerla renegar del cristianismo con las tres ventanas que ella abrió como símbolo de su firme creencia en la Santísima Trinidad, y su muerte, degollada por su propio padre, quien luego fue alcanzado por el rayo que terminó con su vida. Ha sido desde antiguo patrona de los militares, especialmente de los artilleros, y abogada contra las tormentas y los rayos.

La Iglesia celebra su fiesta el 4 de diciembre.

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA (s. III-IV d. C.)

Hay muy pocos datos históricos sobre esta santa. La leyenda –anterior al S. VII– cuenta que el Emperador Majencio promulgó un edicto que ordenaba ofrecer sacrificios a los dioses. Hecaterina, una cristiana que era hija de un noble de Alejandría, desafió al Emperador. Este acogió el reto y reunió a los mejores retóricos para que debatieran con ella. Finalmente reconocieron su derrota intelectual y fueron condenados por el Emperador a la hoguera, pero antes se convirtieron y pidieron a Catalina la señal de Cristo. El Emperador ofreció a Catalina la corona, pero ella no la aceptó. La mandó golpear con

⁶⁴ *The Catholic Encyclopedia*. Cfr. https://www.catholic.org/saints/saint.php?saint_id=166. Fecha de consulta: 26-IV-2021.

nervios de buey y la encarceló. Durante los 12 días que estuvo prisionera, fue alimentada milagrosamente por una paloma. Llegó a convertir a la misma emperatriz Augusta y al tribuno Porfirio. Fue condenada a sufrir el tormento de la rueda. Sin embargo, un ángel la libró. Por último, el Emperador Maximino ordenó que fuera decapitada el 24 o 25 de noviembre del año 305. De sus venas surgió leche en vez de sangre, mientras cuatro ángeles transportaron el cuerpo al Monte Sinaí⁶⁵.

La imagen más antigua del culto a santa Catalina sería una pintura del s. VIII, descubierta en 1948 en la basílica romana de S. Lorenzo. Como herencia de la leyenda, se la suele representar junto a la rueda. Es la protectora de las mujeres en edad de casarse.

Su fiesta se celebra el 25 de noviembre.

SANTA ÚRSULA DE COLONIA (s. IV-V d. C.)

Una leyenda popular de la Edad Media⁶⁶ sitúa a Úrsula alrededor de los siglos III y IV de la era una cristiana. Hija de un rey británico y resuelta a consagrar su vida a Dios, habría sido enviada al continente europeo para casarse con un príncipe pagano. Decidida a buscar el apoyo del Santo Padre, a fin de mantener su compromiso de castidad, emprendería una peregrinación a Roma acompañada de otras vírgenes. El número de estas doncellas, dado el origen legendario de la historia, no ha podido precisarse y oscila entre once y once mil, debido a las diferentes interpretaciones de las fuentes⁶⁷. El Papa Siricio habría bendecido su resolución, alentándola a predicar el Evangelio.

La tradición ha sostenido que, de regreso en Colonia, ella y sus acompañantes, fueron atacadas por los hunos. Ante el intento de raptó, ellas los rechazaron a fin de defender su pureza y murieron martirizadas. El relato, esculpido en una lápida de dicha ciudad dio pie a esta leyenda cuatro siglos después y en el siglo X, Úrsula adquiere individualidad y una situación de primado dentro del grupo. Las hagiografías posteriores presentaron variaciones y nuevos detalles al drama de Úrsula. Una versión señala que Atila, deslumbrado por la belleza de la joven, la habría forzado a ser su esposa, pero ante su firme negativa, ordenó que fuera traspasada por una flecha⁶⁸.

A mediados del siglo XII, los ciudadanos de Colonia en el contexto de una excavación próxima al cementerio, encontraron unos huesos que fueron declarados reliquias de las vírgenes martirizadas por los hunos.

⁶⁵ Bronzini, Giovanni Battista, *Gran Enciclopedia Rialp*, voz santa Catalina de Alejandría, Editorial Rialp, 1991.

⁶⁶ La leyenda aparece en el *Acta Sanctorum* del bolandismo y la recogió el cronista belga Sigeberto de Gembloux.

⁶⁷ Leonardi C.; Riccardi, A; Zarrì, G., *Diccionario de los Santos*, San Pablo, Madrid, 2000, Volumen II, p. 2163

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 2163-2164.

A pesar de que la canonización de Santa Úrsula no está documentada, su culto fue aprobado por el papado y su devoción se extendió durante la baja Edad Media y el inicio de los tiempos modernos. Santa Hildegarda de Bingen compuso en el siglo XII unos famosos poemas en su honor. Más tarde, Santa Ángela de Merici (1474-1540), declaró haber sido inspirada por Santa Úrsula en sueños, para velar por el alma de las jóvenes. Por ello, fundó la primera orden femenina dedicada a la enseñanza: las "Ursulinas". En el siglo XIII la Universidad de la Sorbona la adoptó como patrona y lo mismo hicieron en las universidades de Coimbra y de Viena⁶⁹.

En el arte, Santa Úrsula suele representarse vestida con atuendos reales y un amplio manto. Como atributos distintivos, en general, porta una flecha, una corona y la palma del martirio. Los ciclos iconográficos centrados en la vida de santa Úrsula datan, principalmente, de los siglos XIV y XV, siendo los dos más importantes aquel que decora el Relicario de santa Úrsula, obra de Hans Memling en 1489, conservado en el Hospital de San Juan, en Brujas, y el realizado entre 1490 y 1496 por Vittore Carpaccio para la Scuola di sant'Orsola, cofradía fundada en 1300, hoy en la Galería de la Academia de Venecia.⁷⁰

La talla que recoge la vida de Santa Úrsula y sus compañeras aún se conserva en la Basílica que lleva su nombre en Colonia. Su fiesta se celebra el 21 de octubre.

SANTIDAD Y MÍSTICA: EL PROTAGONISMO FEMENINO

El fenómeno místico, en el sentido cristiano, se entiende como una experiencia de unión con Dios. Inefable en sí mismo, quienes han sido favorecidos por este vínculo tan especial han procurado explicarlo mediante palabras, dibujos, poemas e incluso imágenes. Si bien los escogidos han intentado describirlo, son los efectos en sus vidas y legados póstumos los que permiten en parte una aproximación a tan singular don. Por tanto, la historia de la mística es un esfuerzo por captar de alguna forma tanto esa peculiar relación de los místicos con la divinidad como su apertura gratuita a la profunda intimidad con Dios⁷¹.

La historia de la iglesia desde sus orígenes ha afirmado que hombre y mujer comparten la misma dignidad de hijos de Dios y ha negado cualquier concepto de inferioridad respecto de uno u otro. Es justamente el valor de la diferencia entre ambos el que valora el cristianismo, de ahí la diferencia

⁶⁹ Santos, Felipe, "Úrsula y compañeras", <https://www.es.catholic.net/op/articulos/35145/rsula-y-compaeras-santa.html> consultado abril 2021.

⁷⁰ <https://www.ucm.es/bdiconografiamedieval/santa-ursula> consultado en abril 2021.

⁷¹ Borriello, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, p. 1.182.

y complementariedad de roles que se percibe desde los primeros tiempos como lo consignan los evangelios. Si bien los apóstoles fueron llamados a anunciar el Reino con la autoridad de su propio nombre, las santas mujeres fueron las elegidas para recibir la noticia de la resurrección y comunicarla a los discípulos. La figura de la Virgen María, fundamento de la encarnación del Verbo, evidencia el protagonismo femenino en la historia de la salvación⁷².

La mística femenina ha sido gravitante en la historia de la Iglesia, se trata de un *continuum* que, en distintos tiempos y lugares, ha sostenido al Pueblo de Dios. En momentos de crisis, de temor, de disyuntiva, de desconcierto, de error, de renovación o de amenazas, el testimonio del santo misticismo femenino se ha tornado un baluarte de la fe. La contemplación y la unión lograda por estas grandes santas no solo permite recorrer el itinerario de la Iglesia, sino también aquilatar el valor y la fuerza de la mujer para el cristianismo.

SANTA CLARA DE ASÍS (1194-1253)

Italiana, oriunda de Asís, nace en medio de una familia aristocrática. Desde pequeña es adoctrinada por su madre, Ortulana, en las verdades de la fe y en la educación privilegiada de las mujeres cultas de la época. Por ello logra entrar al mundo de la lectura, la escritura, el latín, el ejercicio de las obras de misericordia, las artes plásticas y las manualidades en general. Prácticamente en un claustro doméstico, la instrucción recibida en el hogar le permite desarrollar un especial talento literario y un profundo interés en las verdades trascendentales⁷³.

«Adornada con todas las virtudes femeninas y religiosas propias de su época», esta joven, atraída por el ejemplo y predicación de Francisco Bernardone, futuro Francisco de Asís (1181-1226) –gran referente de santidad–, resuelve dejarlo todo en 1212 y adherirse a su vida de pobreza y abandono, pese a la negativa familiar. Huye de la casa paterna y acogida por Francisco y los suyos en la Porciúncula, frente al altar de la Virgen María, se despoja de sus vestiduras y de su cabello en señal de rechazo al mundo y la vanidad.

Si bien luego de la fuga del hogar solicita ser acogida como criada en el Monasterio de las benedictinas, al poco tiempo emprende un camino propio. Con una propuesta audaz y novedosa, junto a otras mujeres se instala en el monasterio de San Damián. Desde el silencio y el encierro, busca normar una forma de vida de abandono del mundo fundamentada en el ideal de la

pobreza cristiana y en la «unidad del espíritu del amor». Desde la pobreza y la sencillez, inaugura una nueva forma de vida consagrada femenina. Como bien señala en su testamento: «no rehusábamos ninguna necesidad, pobreza, trabajo, tribulación o menosprecio y desprecio del siglo, antes al contrario, los teníamos por grandes delicias».

La vida de las hermanas de Asís se torna en un inspirador «silencio sin fin»⁷⁴. La Regla, adaptación femenina de la franciscana, fue aprobada por el Papa Inocencio IV en 1253. Ésta estructura las horas disponiendo instrucción diaria, labores manuales y oración contemplativa⁷⁵. El trabajo se dignifica de acuerdo con San Pablo (1 Cor 4,12) y se evita así la ociosidad que distrae y dispersa el espíritu.

Destaca Clara por su valentía al defender su monasterio de los ataques de soldados sarracenos y mercenarios del emperador Federico II. Ella, postrada en su lecho por una grave enfermedad, confiada en el poder eucarístico, aparece arrodillada con la custodia en sus manos como escudo frente a los invasores. Así logra salvar San Damián de las amenazas enemigas que, generalmente, implicaban muertes y todo tipo de vejaciones⁷⁶. Ante la reiteración del ataque un año después, nuevamente será con la hostia santa que ella y las suyas se protegen y logran salir victoriosas.

Su opción por la mística contemplación no la desvincula de dificultades a la hora de abogar por la extrema pobreza que implica la regla franciscana. Por ello, será parte de un profundo debate, incluso con el Papa Gregorio IX, para lograr este especial modo de vida según el Evangelio. Esto ocurría en un contexto en que ningún Papa había considerado la posibilidad de que una mujer pudiese estructurar la propia forma de vida de una orden monástica. Asimismo, se cuestionaban sus prácticas de austeridad, absolutamente novedosas para las mujeres de entonces: pies descalzos, el suelo como cama, abstinencia de carne de por vida en un profundo silencio⁷⁷. Finalmente, luego de un complejo itinerario, se convierte en la primera religiosa de la historia que redacta una Regla aprobada por la Santa Sede⁷⁸.

Abadesa por casi cuarenta años, su cargo no le impidió procurar siempre las labores de servicio en la enfermería y de atención a los pobres. Al final de su vida, aquejada por los sufrimientos del cuerpo, el mismo Papa acudió a Asís a administrar los sacramentos y darle la bendición final. En el momento de morir, su fama de santidad se difundía por todas partes y fue canonizada en 1255 por Alejandro IV. Sus restos se veneraron en una iglesia construida especialmente para ese propósito en Asís, pero en 1850,

⁷² Bouyer, Louis, *Figures mystiques féminines*, Cerf, Paris, 2012, p.10-11.

⁷³ Kreidler-Kos, Martina et al, *Clara de Asís. Amiga del silencio, hermana de la ciudad*, Herder, Barcelona, 2008, p. 25. Las principales fuentes de época sobre Santa Clara son: Tomás de Celano, sus cartas a Inés de Praga, la Regla, el proceso de canonización.

⁷⁴ Lainati 80.

⁷⁵ Omaecheverría 170.

⁷⁶ Kreidler-Kos, Martina et al, *Clara de Asís. Amiga del silencio, hermana de la ciudad*, 164.

⁷⁷ Plassmann, Thomas, O.F.M., *Vidas de santos*, Grijalbo, Barcelona, 1966, p. 231.

⁷⁸ Kreidler-Kos, Martina et al, *Clara de Asís*.

siguiendo la tradición de la Iglesia primitiva, fue exhumado, encontrándose embalsamado y en perfectas condiciones⁷⁹. Desde entonces fue trasladado a la cripta de la basílica que lleva su nombre, donde, en urna de cristal, acoge a los numerosos fieles que se acercan a pedir su intercesión.

Infinitamente representada en el arte, se le identifica con su hábito oscuro y sus atributos infaltables son la custodia en las manos y el báculo de abadesa. Es patrona de la televisión y las telecomunicaciones, de los clarividentes, de los orfebres y del buen tiempo.

SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

Paradigma del Medioevo italiano, Catalina de Benincasa, oriunda de una familia de artesanos de Siena, crece en medio de los efectos de la Peste Negra y de las crisis políticas. Conoce desde niña el protagonismo de las órdenes mendicantes de su ciudad natal, que se complementaban con una corriente religiosa de consagración de los laicos, especialmente de mujeres que vivían de la limosna en las periferias. En este ambiente, Catalina experimenta una conversión a los 15 años y resuelve hacer voto de virginidad. Pese a la oposición de sus padres, se entrega a la vida ascética, corta sus cabellos y emprende un camino de expiación. Encerrada en su hogar, aislada del mundo y en silencio, se alimenta solo de pan y agua, para lograr el encuentro con Dios en su «celda interior»⁸⁰, como llama a su alma.

Los dominicos se sienten atraídos por esta particular joven, la visitan y descubren su genio. Se entabla entonces una relación espiritual y la introducen en el breviario y la lectura edificante. Se compenetra con los padres del desierto y las santas mujeres, deslumbrándose por su opción penitencial. Decidida a seguir esta ruta ascética, adhiere por consejo de sus confesores de la Orden de Predicadores, a la Cofradía femenina de las penitentes «*Mantellate*» o terciarias dominicas. Vivían por sus medios y se reunían una o dos veces al mes en el Convento de Santo Domingo para rezar y oír predicaciones. Comprometidas con los más necesitados, se dedicaban a la caridad mediante el cuidado de los enfermos y la visita a las cárceles⁸¹. Esta vida laical permite a Catalina cultivar su intelecto al alero de los sabios dominicos, como también intervenir en la vida pública, no solo desde el lecho de los agonizantes, sino también en los más serios asuntos eclesiásticos de su tiempo, como en el Cisma de Occidente.

⁷⁹ Plassmann, Thomas, O.F.M., *Vidas de santos*, Grijalbo, Barcelona, 1966, p. 233-234.

⁸⁰ Vauchez, André, *Catalina de Siena. Vida y pasiones*, Barcelona, Herder, 2017, p. 32 y ss.

⁸¹ Vauchez, André, *Catalina de Siena...*, p. 35 y ss.

Favorecida por visiones sobrenaturales desde la infancia y decidida en su rechazo del mundo se adentra en su propia interioridad a fin de encontrarse con Dios. Es en ese sentido que, junto con el despertar de su alma, procura dominar su cuerpo a través del rechazo al goce sensorial. Por ello, no duda en recurrir con extraordinaria generosidad a las mortificaciones corporales (disciplinas, cilicios, vigiliias y prolongados ayunos). La hagiografía ha destacado su falta de apetito y sus arriesgados regímenes alimenticios como una forma de reparar los excesos ajenos. Incluso sus contemporáneos consideraban milagroso que pudiese subsistir alimentándose solo de hierbas. En ocasiones, obligada a ingerir alimentos, los vomitaba, pues su cuerpo, acostumbrado a la escasa nutrición, no los resistía⁸². Con estas penitencias, Catalina, además de reparar las faltas propias y ajenas, perseguía la estrecha unión con Dios, para la cual el cuerpo, según demuestra su ejemplo de vida, era solo un obstáculo.

Según relata Raimundo de Capua, contemporáneo y biógrafo, el propio Cristo habría legitimado la opción de Catalina al concederle a los veinte años el privilegio del matrimonio místico en presencia de la Virgen María, San Pablo, Santo Domingo y el Rey de David. La hagiografía insiste en las numerosas ocasiones en que el divino Esposo se le habría presentado durante su vida, con extraordinarias muestras de su total unión, incluidos los estigmas. En una ocasión se habrían intercambiado sus corazones, quedando una cicatriz en el pecho de Catalina como prueba de este vínculo sobrenatural⁸³.

Robustecida por estas muestras divinas, Catalina emprende en paralelo a su trabajo en el hospital y en la prisión una tarea de «pacificadora» en la ciudad⁸⁴. Paulatinamente atrae a las mujeres de la élite mediante su prédica y ejemplo y forma junto a ella una familia espiritual, que le brinda apoyo económico para ejercer la caridad y le permite entablar una red de contactos. En breve, su fama llega mediante los dominicos a las altas esferas eclesiásticas y los representantes del Papa acuden a ella para pedirle sus oraciones ante la cruzada con los turcos⁸⁵. Siendo su confesor y futuro biógrafo, el dominico Raimundo de Capua repara en su inteligencia y capacidad mediadora. Es así como la conduce a una actividad política y religiosa, comienza su itinerario a Roma o donde fuera requerida. Se la ve entonces como activa defensora de la Iglesia en las cruzadas y en el regreso del Papa a Roma en un agitado ambiente de crisis⁸⁶.

⁸² El especial énfasis en el cultivo de la virtud de la abstinencia es común a la hagiografía sobre la santa. Es el caso de: Gisbert, o. p., Fr. Lorenzo, *Vida portentosa de la seráfica y cándida virgen Sta. Catalina de Sena, de la Tercera Orden de Predicadores*, Valencia, 1784. El ejemplar disponible en la biblioteca monástica ha llegado deteriorado a nuestros días evidenciando su lectura por parte de la comunidad.

⁸³ Vauchez, André, *Catalina de Siena...*, p. 45.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 51.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 59-61.

⁸⁶ El rol de Catalina en esta crisis está tratado en profundidad por A. Vauchez y en general por los biógrafos. «En el plano temporal solo acumuló fracasos: el papado se trasladó, sí a Roma, pero no en las condiciones que ella había deseado, y su papel en esta cuestión fue marginal; la cruzada que había intentado poner en marcha bajo llamamiento de Gregorio XI no fue nunca una realidad, y los esfuerzos que Catalina desplegó en este sentido no llegaron a ninguna parte», Vauchez, André, *Catalina de Siena...*, p. 113.

Esta intensa actividad no la desvía de su vida de penitencia y oración, e incluso antes de morir pone a disposición de su confesor su obra escrita: el *Diálogo*, sus cartas y oraciones; coronados con el testamento espiritual que dicta en su hora final. Cada vez más débil, efecto de su dieta hídrida, deja este mundo el 25 de abril de 1380 y es enterrada en Roma en el convento dominicano de Santa María sopra Minerva⁸⁷. Canonizada en 1461, pronto su culto y sus escritos se extienden por la Cristiandad y luego a América. Se le asocia al rosario y son múltiples las representaciones artísticas de ella junto a Santo Domingo⁸⁸. Su cuerpo fue repartido por su fama de santidad, si bien su tumba persiste en Roma, su cráneo se encuentra en la Iglesia de Santo Domingo en Siena y su pie es la reliquia más valiosa de la Basílica de San Juan y San Pablo en Venecia.

Se le identifica en el arte por varios atributos iconográficos como el hábito blanco y negro de los dominicos, las llagas en sus manos y pies, el lirio de la pureza y la virginidad, el corazón inflamado que alude al de Cristo, la corona de espinas que llevó como penitencia, el crucifijo y el libro por su obra escrita.

Ampliamente venerada en iglesias, capillas y santuarios dominicos, ha sido reconocida como patrona de Italia y de Europa junto a San Benito, San Cirilo y San Metodio, Santa Brígida y Santa Teresa Benedicta de la Cruz y de Italia. Fue proclamada Doctora de la Iglesia en 1970 por Pablo VI.

SANTA GERTRUDIS DE HELFTA (1256-1302)

«Gertrudis la magna», oriunda de la región de Sajonia, en Alemania, es de origen familiar desconocido. A los cinco años ingresa al Monasterio benedictino de Helfta, donde recibe una esmerada educación según el modelo clásico de la época, logrando una sólida cultura literaria, filosófica, teológica y musical⁸⁹. Al mismo tiempo que destaca por su agudeza e inteligencia, se compenetra con la Regla de San Benito y se forja en ella un profundo espíritu religioso al estar rodeada de figuras de la talla de Santa Matilde de Hackeborn (1241-1299).

Admitida como novicia, continúa sus estudios y ejerce los oficios que le corresponden en la huerta y las labores manuales. En 1281 experimenta una conversión radical debido a una visión de Jesús resucitado. A partir de ese momento, comienza una «verdadera amistad» con Cristo ininterrumpida hasta su muerte⁹⁰. Deja los estudios clásicos para dedicarse al cultivo de

su vida interior y a la búsqueda de la perfección en sus votos monásticos. Las vivencias místicas se suceden una tras otra, al principio las mantiene en secreto, pero pronto se enteran otras religiosas y personas del mundo. Acuden a ella hombres y mujeres en busca de consejo y ella actúa como maestra espiritual⁹¹.

Conocida como una de las místicas más connotadas de la historia de la santidad, pocos detalles se han documentado de su vida cotidiana. En cambio, su legado escrito evidencia su fuerza interior, sus grandes talentos intelectuales y devela su particular vínculo con la divinidad. El propio Cristo le habría ordenado escribir las experiencias y gracias con las que ha sido bendecida. Aunque en principio se resiste al mandato por la extrema humildad que la caracterizaba, su obra «El Herald» consta de cuatro libros. Solo el segundo es de puño y letra de la santa, los demás son transcripciones de las confidencias que recibieron de ella otras monjas⁹². Siempre de carácter cristocéntrico y en clave sponsal, su objetivo es «revelar, comunicar, hacer gustar a los hombres el tesoro encerrado en la fuente que es el corazón mismo de Cristo». También relata milagros como, por ejemplo, la visión de una rosa que aparece del corazón de Dios⁹³, demostrando su amor al Sagrado Corazón –devoción que tomará mayor fuerza en el siglo XVII– que apela a la naturaleza humana de Jesucristo. Su intención didáctica atraviesa todas sus páginas, a fin de acercar a otros a la oración y a la unión profunda con Dios a la que está llamada todo creyente⁹⁴. Sus *Ejercicios Espirituales* constituyen una joya espiritual, donde se refiere a la recuperación de la inocencia bautismal, la importancia de avivar el amor divino, las gracias místicas y la preparación para la muerte, entre otros⁹⁵. Escribió también comentarios a la Sagrada Escritura, pero se han extraviado.

Si bien al comienzo de su camino místico eran comunes los signos externos, progresivamente las muestras de la unión divina las percibe desde el interior de su alma y en la apertura de su entendimiento. En la etapa final de su vida, casi no tiene apariciones. Enferma y aquejada de constantes dolores físicos además de las propias mortificaciones, señala que la llamada del Señor se manifestaba en sus males corporales: «dolores, calenturas y molestias que causa la enfermedad»⁹⁶. En ese estado no puede participar del oficio divino ni de la vida de la comunidad. Muere a los 46 años y al poco tiempo es olvidada debido a la destrucción del Monasterio y el traslado de su comunidad.

⁹¹ <https://www.surco.org/content/santa-gertrudis-magna-sintesis-biografica>

⁹² <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/cymbalista.html>

⁹³ Borrielo, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, pp. 772-773.

⁹⁴ Ana Laura Forastieri, OCSO, «Santa Gertrudis magna. Una mística teóloga», *Teoliteraria* V. 3-N. 6 – 2013, p. 146.

⁹⁵ Borrielo, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, p. 773.

⁹⁶ V. P. M. Fr. Juan de Castañiza (Benedictino) *Vida de Sta. Gertrudis desde su nacimiento hasta lo que dice el nuevo calendario benedictino acerca de ella*, Madrid, 1804, p. 270.

⁸⁷ Vauchez, André, *Catalina de Siena...*, p., 110-111.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 128-129.

⁸⁹ <https://www.surco.org/content/santa-gertrudis-magna-sintesis-biografica>:

⁹⁰ Borrielo, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, p. 772.

Su fama de santidad surge al darse a conocer sus escritos en alemán y luego en latín en el siglo XVI. Rápidamente traducidos y difundidos por Europa, pasan prontamente a América y crece la admiración por su vida y su poder intercesor. Dado que se ignoraba su apellido, se le dio el apelativo de Gertrudis «la Magna». Aunque nunca fue oficialmente canonizada, fue incluida en el Martirologio romano en 1678 y su fiesta se aprobó en 1739 para toda la Iglesia Católica⁹⁷.

Se le representa con el hábito negro de benedictina o blanco de cisterciense y con un corazón en el pecho en el que está el Niño Jesús. Generalmente porta un báculo de abadesa, aunque nunca lo fue y, en algunas ocasiones un libro, por su actividad como escritora.

Se le suele invocar a la hora de la muerte por su poder intercesor. La tradición sostiene que Jesucristo le habría revelado una especial oración que, rezada piadosamente, podría liberar mil almas del Purgatorio.

Es la patrona de los místicos.

SANTA RITA DE CASIA (1381-1457)

La historia de esta santa se fundamenta en la tradición oral del Monasterio de las agustinas de Casia, pues no existen documentos de época que la prueben, dado que las únicas fuentes escritas que se conservan corresponden al siglo XV y se refieren a su culto⁹⁸. La biografía que se ha transmitido por generaciones señala que nace en Rocca Morena al centro de Italia en un humilde hogar campesino. Destaca la hagiografía una serie de milagros vinculados a su venida al mundo, desde un anuncio de un ángel a sus padres hasta un prodigio de abejas blancas que entraban y salían de su boca, estando ella recién nacida en su cuna⁹⁹. Desde niña da muestras de un ferviente sentido religioso. A pesar de su deseo de ingresar en convento, acepta la voluntad de sus padres de avanzada edad y contrae matrimonio con un hombre «brutal, libertino e incontrolable»¹⁰⁰. Durante 18 años ella soporta numerosos maltratos, sufrimientos e infidelidades, viendo crecer a sus dos hijos por el mismo camino del padre. Arrepentido su marido por sus pecados, le pide perdón a Rita, pero al poco tiempo es asesinado y los hijos juran vengar su muerte. Ella se repliega en oración suplicante a fin de que sus hijos muriesen antes de cometer un pecado mortal. Al poco tiempo enferman gravemente y ella les procura las mejores atenciones y cuidados, logrando que perdonaran a los asesinos antes de morir.

⁹⁷ Ana Laura Forastieri, OCSO, «Santa Gertrudis magna. Una mística teóloga», *Teoliteraria* V. 3 - N. 6 - 2013, p. 146.

⁹⁸ *Ibid.*, Volumen II, p. 1975.

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ Plassmann, Thomas, O.F.M., *Vidas de santos*, Grijalbo, Barcelona, 1966, p.

Viuda y sin hijos, sumida a una vida de mortificación y penitencia, intenta ingresar al monasterio de las agustinas en Casia. Luego de muchas negativas lo logra milagrosamente, a pesar de no ser virgen como exigía la Regla¹⁰¹. En 1413 toma el hábito de la orden y continúa con fuertes penitencias. Se ocupaba de las religiosas enfermas y en sus momentos de oración contemplativa solía caer en trances místicos al contemplar la Pasión de Cristo. Un viernes santo es favorecida con un estigma en su frente como símbolo de la corona de espinas que para ella tenía especial significado, la que le provoca horribles dolores.

Deja este mundo después de una larga enfermedad a los 76 años. Solo en 1600 se escribe su vida por primera vez y es beatificada en 1628. La canonización tarda y se logra en 1900 durante el pontificado de León XIII. El Papa con esta santa buscaba fortalecer la importancia de la familia en un momento en que se veía amenazada por la posibilidad de que se introdujera el divorcio en Italia.

La iglesia ha destacado en esta santa un doble modelo, tanto por su rol de madre y esposa como por su perfección como religiosa. Abogada de los imposibles, suele ser venerada por los devotos que buscan ayuda divina en situaciones límite.

Se la representa con el hábito negro agustino, la espina en la frente y en forma simbólica se agregan rosas e higos. Estos últimos debido a un relato milagroso que señala que antes de morir, al solicitar una rosa en la estación en que no dan flor, habría aparecido un magnífico rosal en el jardín conventual y lo mismo habría ocurrido con dos higos maduros en una rama sin explicación natural. En Casia, los peregrinos suelen detenerse a contemplar el rosal que las religiosas cuidan con esmero, aunque no hay ninguna certeza de que sea de la época. Asimismo, custodian como santa reliquia su cuerpo, su anillo de matrimonio y su rosario.

Es la patrona de las causas difíciles.

SANTA TERESA DE JESÚS O DE ÁVILA (1515-1582)

Nace en un hogar católico y acomodado en Ávila, por vía paterna descende de judíos. Profundamente admiradora de sus padres, de particular cultura, de ellos hereda Teresa desde pequeña su afición a los libros. Incluso señala como una de sus mayores debilidades su extremo entusiasmo por las novelas de caballería¹⁰². Fueron diez hermanos, de los cuales siete emprendieron viaje a América, uno de ellos, Lorenzo, muere y deja descendencia en Chile¹⁰³.

¹⁰¹ Leonardi C.; Riccardi, A; Zarrì, G., *Diccionario de los Santos*, San Pablo, Madrid, 2000, Volumen II, p. 1976.

¹⁰² Santa Teresa de Ávila, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2004, *Libro de la vida*, c. 2, p. 37.

¹⁰³ Polit, M. M., *Familia de Santa Teresa en América*, B. Herder editor, Friburgo, Alemania, 1905, p. 68. Citado por Sergio Vergara, *Cyber Humanitas*, nº 19, invierno 2001. Fecha de consulta: 19 de abril, s/p.

En un ambiente de cruzada tras la reconquista de Granada, Teresa crece con tal afán evangelizador que con su hermano Rodrigo emprenden camino «a tierra de moros» para convertirlos y alcanzar el martirio¹⁰⁴. Sorprendidos por un tío, vuelven al hogar.

Como se estilaba en la época, ingresa por un tiempo a recibir educación al monasterio de las agustinas. Aunque sin particular vocación religiosa, resuelve ingresar a pesar de la oposición familiar, al convento carmelita de la Encarnación de Ávila en 1535. Aquejada por múltiples enfermedades, tiene varias crisis de salud y es trasladada donde curanderas, al punto que una ocasión la creen muerta¹⁰⁵.

En el entorno de una Regla mitigada en que poco se respetaba el silencio y muchas personas circulaban por el claustro, es difícil para Teresa entrar en contemplación. Es gracias a las «buenas lecturas», especialmente el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna, donde encuentra el llamado para escalar en los grados de oración¹⁰⁶. Factor clave en este proceso son las *Confesiones* de San Agustín¹⁰⁷, luego de su lectura, resuelve dedicarse verdaderamente al recogimiento y a la oración. Favorecida por visiones sobrenaturales y arrebatos místicos, en los comienzos pierde credibilidad entre sus confesores. Finalmente es escuchada, especialmente por el jesuita Francisco de Borja¹⁰⁸, y tiene un episodio de transverberación en el que logra una total unión mística con Dios¹⁰⁹.

Interpelada por la voz y el llamado del propio Cristo se decide a reformar la Orden: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el Monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las religiones [órdenes religiosas] estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba Él no fuese contra ello ni me lo estorbase»¹¹⁰.

A pesar de los obstáculos que encuentra por ser su condición femenina, logra fundar el Monasterio de San José en Ávila que ella llama el «palomarcito» en

104 Santa Teresa de Ávila, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2004, *Libro de la vida*, c. 2, p. 35.

105 *Ibid.*, c. 4 y 5.

106 Javierre, José Marín, *Teresa de Jesús. Aventura y sagrada de una mujer*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006, p. 191.

107 Santa Teresa de Ávila, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2004, *Libro de la vida*, c. 9, 7-8, pp. 96-97.

108 *Ibid.*, c. 3, 3, pp. 238-239.

109 *Ibid.*, *vida*, c. 29, 13, p. 294

110 *Ibid.*, c. c. 32, 11, p. 332.

1562, a fin de volver a las antiguas constituciones de la Orden fundamentadas en la pobreza absoluta y en la austeridad total¹¹¹. Las religiosas, solo trece, disponían de una modesta celda particular para no distraer la vida contemplativa. Se dedican al oficio divino, la oración y las labores manuales según la nueva regla¹¹².

Paulatinamente la obra teresiana se expande por distintos lugares de España concretándose en diecisiete conventos en diferentes ciudades como: Medina del Campo, Alcalá de Henares, Malagón, Valladolid, Salamanca, Pastrana, Toledo, Segovia, Alba de Tormes, Sevilla¹¹³. Esta labor fundacional se acompaña de una rica obra escrita. Por una parte, una copiosa correspondencia con numerosos religiosos, intelectuales y nobles de su época; que fueron sus confesores, consejeros –entre ellos los después santos, el jesuita Francisco de Borja, el franciscano Pedro de Alcántara, el carmelita Juan de la Cruz, además de patrocinantes y benefactores¹¹⁴. Por otra, grandes tratados de espiritualidad como el *Libro de la vida*, *Camino de Perfección*, *Las moradas del castillo interior* y el *Libro de las fundaciones*. El primero es su autobiografía que ella resume como las «misericordias del Señor»; el segundo es una guía de espiritualidad no sólo dirigido a las monjas del monasterio de San José de Ávila, sino a cualquier congregación religiosa e incluso a seculares, en el momento de reformas y cismas que se viven; el tercero relata su hazaña de reforma del Carmelo y fundación de numerosos monasterios por toda España; en tanto que *Las Moradas* es el último libro que escribió Santa Teresa de Jesús, donde narra su experiencia de espiritualidad en ascendentes grados de perfeccionamiento, considerada su mejor obra, y una de las cumbres de la mística cristiana y de la prosa española del siglo de oro¹¹⁵.

La trascendencia de su legado documental como biográfico la sitúa, junto con San Juan de la Cruz, en la cumbre de la mística experiencial cristiana y como maestra de vida espiritual. Dentro de sus principales aportes se considera el haber defendido el carácter central de la humanidad de Cristo y el haber colocado en la cima de este camino el servicio eclesial¹¹⁶.

A pesar de su frágil salud, Teresa vive intensamente en cuerpo y alma. Nada parece detenerla en su misión fundacional ni en su diálogo con la divinidad. Luego de un viaje agotador, se encuentra al límite de sus fuerzas y enferma en Alba de Tormes, donde entrega su alma a Dios. Sus últimas palabras

111 *Ibid.*, *Fundaciones*, c. 4, 5, p. 892.

112 Santa Teresa de Ávila, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2004, *Constituciones*.

113 Las fundaciones llevadas a cabo por Santa Teresa en España fueron: 1562, Carmelo de San José (Ávila); 1567, Medina; 1568, Malagón; 1568, Río de Olmos (Valladolid); 1569, Toledo; 1569, Pastrana; 1570, Salamanca; 1571, Alba de Tormes; 1574, Segovia; 1575, Beas; 1575, Sevilla; 1576, Caravaca; 1580, Villanueva de la Jara; 1580, Valencia; 1581, Soria; 1582, Granada; 1582, Burgos. Teresa, *Fundaciones*.

114 Santa Teresa, *Cartas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 1997.

115 Borrielo, L., E. Caruana et al., *Diccionario de Mística*, San Pablo, 2002, p. 1668.

116 *Ibid.*, p. 1670.

sintetizan el amor esponsal que atraviesa su vida y sus escritos: «Hora es ya, Esposo mío que nos veamos» y su adhesión total al cuerpo místico de Cristo: «Te doy gracias, Señor, porque muero hija de la Iglesia»¹¹⁷.

Después de su muerte su cuerpo permaneció por años incorrupto y de acuerdo al culto a las reliquias a las que la época asignaba un poder milagroso, fue despedazado por sus devotos para obtener reliquias que se encuentran repartidas por varias casas religiosas de España, Europa e incluso México¹¹⁸.

Luego de su canonización en 1622 por el Papa Gregorio XV, numerosas fundaciones del Carmelo Descalzo se logran en todo el mundo. En 1970 es declarada oficialmente Doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI.

Se la representa escribiendo, con una pluma en la mano o con la pluma y un pequeño templo ente sus manos en su calidad de fundadora. Es la patrona de los escritores.

SANTA ROSA DE LIMA (1586-1617)

Isabel Flores de Oliva nace el 20 de abril de 1586 en Lima en un hogar cristiano, hija de Gaspar Flores, arcabucero de la guardia virreinal y de María de Oliva y Herrera. Dice la hagiografía que, a los pocos meses de vida, fue favorecida con el «milagro de la cuna», al tornarse su rostro en una rosa, de ahí el cambio de nombre. De pequeña, en señal de repudio a la vanidad que la atormenta debido a su belleza, resuelve cortarse los cabellos. Busca mortificaciones corporales y, según sus confesores a los doce años, como fruto de su perseverancia en la oración, Rosa logra el más alto grado de la contemplación divina sin perder, en toda su vida, la inocencia de la gracia bautismal¹¹⁹.

Problemas económicos aquejan a la familia y se trasladan a Quives, donde Rosa recibe el sacramento de la confirmación por parte de santo Toribio de Mogrovejo, en 1599. De vuelta a Lima, se dedica a la rueca y a la aguja, actividad que combina con la oración y la lectura de obras espirituales. Favorecida con visiones, busca un modelo de vida y lo encuentra en la mística Catalina de Siena. Descubre el valor de la austeridad y la soledad, camino de vida en el trabajo y la contemplación. Renuncia a los bienes materiales y elige la vía ascética con sus privaciones y sacrificios, al igual que la italiana.

¹¹⁷ Zarrí, Leonardi C.; Riccardi, A; Zarrí, G., *Diccionario de los Santos*, San Pablo, Madrid, 2000, Volumen II, p. 2102.

¹¹⁸ Martina Vinatea Recoba, «Reliquias de Santa Teresa: la carta conservada en el convento de las Carmelitas descalzas de Lima», *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 4.2, 2016 (pp. 89-100).

¹¹⁹ Sánchez Concha, Rafael, *Santos y santidad...*, p. 143 y ss.

Construye una ermita en el jardín de su casa, donde se pliega en oración y se mortifica¹²⁰. Ayuna, se cubre con cilicios, duerme en el suelo o en una cama de fierros filudos, para emular el sufrimiento de la Pasión de Cristo, e incluso ciñe a su cabeza una corona de plata con 99 púas que porta hasta su muerte¹²¹.

El ambiente de la Lima virreinal se presta para este fervor religioso; muchas mujeres entregan sus vidas a Dios mediante el sacrificio y la abnegación, teniendo como ideal el misticismo. Rosa, motivada por la vida de Santa Catalina, a los 20 años resuelve adherirse a la tercera orden de Santo Domingo. Sin dejar su condición laical, continúa viviendo en soledad en el apartado de la casa paterna, sigue su regla y viste el hábito blanco y negro. Lee las obras de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de Granada¹²². Al igual que su mentora se dedica a los pobres, enfermos y abandonados. Participa también en la vida pública al exhortar a los sacerdotes para la evangelización vigorosa y comprometida con la salvación de los nativos y se le atribuye el haber salvado a Lima de la invasión de los holandeses en 1615. Favorecida con numerosas visiones y arrobamientos, se le suele presentar Cristo como joven o como niño con toda su majestad.

En sus años finales se retira a vivir en casa del funcionario español, Gonzalo de la Maza, a petición de su esposa, para dar formación a sus hijas. Allí conoce al doctor Juan del Castillo, médico y profesor de la Universidad de San Marcos, quien establece la autenticidad del misticismo de Rosa, pues era común que muchas «alumbradas» fingieran este tipo de vivencias, lo cual preocupaba a la Inquisición¹²³.

En vísperas de su muerte, vive también la gracia de los desposorios místicos al más puro estilo de Santa Catalina y Santa Teresa. El 26 de marzo de 1617, Cristo le pide ser su esposo y ella deposita un simbólico anillo en el sagrario de la Iglesia de Santo Domingo. Tras un mes de agonía y haber profetizado su muerte y la futura fundación del convento de Santa Catalina, expira el 24 de agosto de 1617. Un apoteósico entierro cierra su vida para comenzar la historia póstuma con su proceso de canonización que culmina en 1671. Su carisma se propaga prontamente por el resto del continente motivando la fundación de un beaterio en Chile¹²⁴.

¹²⁰ Hansen, Leonardo, *Vida admirable de Santa Rosa. Patrona del Nuevo Mundo*, Vergara-España, Editorial El Santísimo Rosario, 1929, p. 68.

¹²¹ Detalles de las mortificaciones de Rosa de Lima y sus representaciones en la hagiografía y el arte sacro en: Mujica, Ramón, *Rosa Limensis...*

¹²² Leonardi C.; Riccardi, A; Zarrí, G., *Diccionario de los Santos*, San Pablo, Madrid, 2000, Volumen II, p. 2005.

¹²³ Fernando Iwasaki Cauti, «Mujeres al borde de la perfección: Rosa de Santa María y las alumbradas de Lima», *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 73, nº4, (Nov. 1993), pp. 581-613.

¹²⁴ René Millar, «Rosa de Santa María (1586-1617). Génesis de su santidad y primera hagiografía», *Historia*, Vol. 36, 2003, pp. 255-273.

Primera santa americana, es proclamada Patrona de Lima y de Perú en 1669, y del Nuevo Mundo y las Filipinas en 1670.

Se la representa con el hábito blanco y negro de los dominicos, una corona de rosas y a veces con el Niño Jesús en sus brazos.

Santa Rosa de Lima es la patrona del Perú, Lima, Filipinas, de numerosas localidades de la región y de los enfermos de tuberculosis.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El llamado a la santidad a los hijos de Dios es histórico y universal, para hombres y mujeres, desde los primeros mártires hasta la actualidad, como lo han ratificado diferentes concilios y documentos eclesiológicos. Aunque todos los caminos para lograr la santidad son únicos e irrepetibles, los signos de los tiempos han recogido aquellos más representativos, según evidencian los procesos de canonización, cuyo dinamismo y devenir hemos revisado. Aunque las vidas de muchas santas recogidas en este catálogo pueden considerarse extraordinarias, la mayoría de quienes han alcanzado las cumbres de la santidad son personas corrientes, en cuyas vidas no hubo hechos llamativos y cuyo mérito principal es el de haber amado a Dios con todas sus fuerzas. Si bien pueden cambiar algunos énfasis, lo central de toda esta historia es la convergencia en cada caso de la voz del pueblo (*vox populi*), los milagros como manifestación de la voz de Dios (*vox Dei*) y la voz de la jerarquía (*vox sacra hierarchie*) a fin de aproximarse lo más fielmente posible a la Voluntad divina¹²⁵.

Estos derroteros y esta larga historia quedan magistralmente sintetizados con las palabras de San Juan Pablo II dirigidas a una Iglesia que, a pesar de las amenazas de la secularización, se mantiene vigente y animada por el ejemplo de los santos: «La Sede Apostólica, que desde tiempos inmemorables escruta los signos y la voz de su Señor con la mayor reverencia y docilidad por la importante misión de enseñar, santificar y gobernar el Pueblo de Dios que le ha sido confiado, propone hombres y mujeres que sobresalen por el fulgor de la caridad y de otras virtudes evangélicas para que sean venerados e invocados, declarándoles Santos y Santas en acto solemne de canonización, después de haber realizado las oportunas investigaciones»¹²⁶.

¹²⁵ Citado por Alberto Royo Mejía, p. 572. Está citando a J.L. Gutiérrez., La proclamación de la santidad en la Iglesia, en *Ius Ecclesiae* 12 (2000) 493-529.

¹²⁶ Juan Pablo II, *Constitución Apostólica Divinus Perfectionis Magister. Sobre la nueva legislación relativa a las causas de los santos*. 25 de enero de 1983. En www.vatican.va, fecha de consulta: 6 de abril de 2021.

Catalogación y descripción de obras

Isabel Cruz de Amenábar
Con la colaboración de Pedro Querejazu



“El último brote del árbol de Jesé”

Pintor cusqueño no identificado.
Siglo XVIII, primer tercio.
Óleo sobre tela.

Santa Ana, madre de la Virgen y San Joaquín, su esposo, y padre de María, están representados en una alegoría o personificación temática sobre la genealogía de Jesús y su ascendencia, que se remonta a Jesé, padre de David, rey de Judá e Israel.

Nada dicen los Evangelios canónicos sobre la figura de Santa Ana y son los Evangelios apócrifos la fuente de su culto, originado en Oriente en época temprana, desde donde pasó a Europa, adquiriendo particular intensidad a finales del Medievo, para llegar luego a América con la evangelización y ser representada en el Arte virreinal.

De medio cuerpo, enfrentada al espectador, Santa Ana, junto a San Joaquín, está en actitud orante y de adoración. De su pecho salen sendos “brotes” del árbol de Jesé que convergen en una gran rosa abierta de la cual emerge, a su vez, en pequeño tamaño, su hija María como Inmaculada Concebida, en quien se encarnará el último descendiente de esta rama genealógica, Jesús. Las figuras están rodeadas por una guirnalda de flores al modo de la pintura flamenca.

Santa Ana es patrona múltiple de diversas ciudades y países, las mujeres trabajadoras, las embarazadas y los mineros, porque su hija María tiene en la plata su analogía mineral, así como Jesús en el oro.





“Santa María Magdalena”

Escultor quiteño no identificado.
Siglo XIX, primer tercio.
Madera tallada, policromada y dorada; vidrio.

María Magdalena o La Magdalena, cuyo nombre deriva de la ciudad judía de Magdala en la ribera occidental del lago Genasaret, es el modelo de la pecadora arrepentida y elevada a los altares. La mencionan los cuatro evangelistas en diferentes episodios de la vida de Jesús: la predicación en Galilea; de ella expulsa Cristo siete demonios; está presente en la Crucifixión; acude al sepulcro y es la primera testigo de su Resurrección. Se la ha identificado, asimismo, a la hermana de Marta, a la mujer adúltera que Jesús salva de la lapidación y con quien unge de perfume los pies de Cristo, enjugándolos con sus cabellos. Hay referencias de su culto ya en los siglos III y IV.

En la escultura virreinal se la representa especialmente en esta variante iconográfica, acompañando a Jesús en su agonía, junto a la Virgen y San Juan evangelista. La imaginería quiteña ha legado atractivas representaciones de la Magdalena, como bella y joven mujer ataviada de ricos ropajes, cuyo gesto de amor y contrición a los pies de la Cruz se prefieren a su faceta penitente y ascética, como se acostumbraba a mostrarla en el arte español del siglo XVII, siendo la obra cumbre en la escultura la de Pedro de Mena de 1664, hoy en el Museo del Prado.

Con formas suaves y envolventes la presenta esta talla de bulto completo, hincada sobre su rodilla derecha, la pierna izquierda flectada en actitud de reverencia y el rostro vuelto arriba, hacia Jesús Crucificado, donde se dirige su mirada y se entrecierran sus labios en gesto de dolor y lamentación. La suntuosa túnica verde de pigmentación nacarada o “reflectante” que la cubre, con su base de plata y oro -denominada en la escuela quiteña “barniz chinesco”, por imitar el efecto de las lacas orientales de gran influencia a través del comercio- luce cinturón dorado y sobre ella capa ocre con forro en amarillo plateado o corla, capa delgada y transparente que cubre y matiza la pigmentación metálica. Infrecuente en figuras femeninas es mostrar los brazos descubiertos -y también el pie izquierdo- cuyo movimiento se une estéticamente a las manos suplicantes. Su larga cabellera castaña que cae por su espalda, una de sus singularidades, está trabajada en detalle.

Santa María Magdalena es patrona de las pecadoras y pecadores arrepentidos; de los perfumeros, peluqueros y fabricantes de guantes.



“Santa María Magdalena”

Escultor quiteño no identificado.
Siglo XIX, primero-segundo tercio.
Madera tallada, policromada y dorada; vidrio.

Esta otra figura de la Santa arrepentida, obra de la escultura quiteña tardía producida a gran escala para la exportación, se hinca sobre ambas rodillas para acompañar a Jesús en el Calvario, y se cubre enteramente por una vestidura café, con sólo cinturón y reborde del cuello dorado; y capa verde con huellas de rojo. Como complementos la imagen presenta ojos de vidrio y dentadura superior, que asoma por su boca entreabierta, intentado evidenciar un gesto de lamentación.



“Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir”

Pintor cusqueño no identificado, círculo de Marcos Zapata.

Siglo XVII, tercer tercio.

Óleo sobre tela.

Son varios los atributos que identifican a Santa Catalina de Alejandría (s. III) en la iconografía cristiana, entre ellos la rueda dentada, un libro y, como aparece en esta pintura, la espada a sus pies y la palma del martirio en su mano derecha, pues murió decapitada por defender su fe en tiempos del emperador Maximino. La leyenda señala que de su cuello manó leche en lugar de sangre. Es una de las santas de los primeros tiempos cristianos de cuya existencia y actuar no se tienen pruebas históricas directas. Su culto tuvo gran difusión por Europa a partir del siglo VI y especialmente entre los siglos X y XII, formando parte de la “leyenda dorada”, un conjunto de relatos simbólico-religiosos, que la ha transformado en una figura de gran devoción popular.

La obra sigue los modelos de las series de santas de Zurbarán realizadas en la década de 1640, exportadas incluso hacia América, de las que se conservan ejemplos en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, España, así como versiones y réplicas ejecutadas en el Virreinato del Perú, especialmente en Cusco y en la Audiencia de Charcas.

En formato vertical, de pie, ocupando casi el alto de la tela, sobre fondo de paisaje, la Santa, como es usual en las obras del maestro extremeño, está lujosamente ataviada, pero a diferencia de éstas su rostro no muestra esa expresión vivaz que a veces dirige su mirada al espectador. Aquí su fisonomía denota arrobamiento místico, con la mirada dirigida al cielo, que se encuentra en línea diagonal con la figura del Espíritu Santo en forma de paloma, de donde derivaría su lucidez intelectual que, según el relato legendario, le permitió enfrentar con extraordinaria elocuencia a los jueces y legisladores romanos en defensa de la verdad cristiana.

Su larga cabellera oscura recogida por un flotante velo cae sobre sus hombros cubiertos por un manto azul oscuro que se sujeta sobre puños de encaje desplegados de forma circular. Sobre la túnica roja de amplios pliegues, una sobretúnica corta recamada y bordada. Su figura se recorta sobre un verde paisaje de influencia flamenca, con cielo azul, y nubecillas; a la derecha del espectador se divisa un torreón y lo que parece el acceso a una ciudad y a la izquierda un torrente que corre encajonado y un árbol donde se posan los característicos pájaros de la pintura cusqueña, probablemente loros. A sus pies, además de la espada, una filacteria que debería identificarla y de la cual se ha borrado la leyenda.

Santa Catalina de Alejandría es patrona múltiple. Por su razonamiento y lucidez, es protectora de los filósofos, de los teólogos y estudiantes; por su martirio, probablemente en la rueda, de los oficios relacionados con la ejecución de tales implementos, carreros, torneros; de los afiladores si murió decapitada a espada; de las nodrizas y amas de cría por la leche que habría manado de su cuello al ser decapitada.

“Santa Apolonia de Alejandría, virgen y mártir”

Pintor cusqueño no identificado.

Siglo XVIII, primer tercio.

Óleo sobre madera, brocateado de pan de oro.

Sobre un fondo de paisaje con rosados celajes y matorrales ambienta el desconocido pintor cusqueño la figura de la santa mártir, Apolonia de Alejandría, (s. III), virgen y diaconisa, que padeció el martirio en Alejandría, Egipto, a finales del año 248 o principios del 249, durante un levantamiento local contra los cristianos, durante el gobierno de Filipo el Árabe (244-249), previo a la persecución de Decio (249-251), como testimonian fuentes eclesiásticas de la época. En esta pintura la santa viste ricas telas brocateadas de pan de oro, túnica celeste, sobretúnica corta, blanca y manto rojo, el color simbólico de su martirio, que lucen también los pájaros que sobrevuelan en torno a su figura, probablemente “gallitos de las rocas”, ave nacional del Perú. Lleva un collar de coral y su larga cabellera clara cae sobre sus hombros. En las manos porta sus atributos, en la izquierda la palma del martirio y en la derecha una tenaza con un diente o muela, ya que le habría sido brutalmente extraída la dentadura durante las torturas de su martirio.

El nombre “Apolonia” procede de Apolinar, es decir, de Apolo, divinidad greco-romana polifacética y multiforme, padre de Asclepio, el dios de la medicina. Fue tal la fama de esta divinidad que su nombre dio lugar a multitud de derivados, entre ellos: Apolíneo, Apolino, Apolodoro, Apolófanes, Apolonio, Apolinar, Apolinarfo y el más difundido de todos, Apolonia, nombre no sólo de mujer, sino de dieciocho ciudades de la antigüedad.

Santa Apolonia es la patrona de los odontólogos.





“Santa Inés de Roma, virgen y mártir”

Pintor potosino no identificado.
Siglo XVII, tercer tercio.
Óleo sobre tela.

De cuerpo entero y postura tres cuartos, en gran formato y sobre fondo de paisaje, el desconocido pintor potosino representa a santa Inés de Roma (s. III), virgen martirizada de doce o trece años, en defensa de su castidad, después de la persecución de Decio ocurrida en el año 250, siguiendo también los modelos de Zurbarán. Muestra sus atributos, guirnalda de flores en la cabeza, palma del martirio en la mano derecha y el cordero a sus pies, símbolo de pureza, alusión a su nombre y a Cristo, el cordero místico, esposo celestial de esta virgen.

Viste elegantemente a la moda del siglo XVII con ceñido corpiño y mangas acuchilladas, en tafetán de seda crema, amplia falda sobre el guardainfantes y gran manto rosa. El fondo muestra a la izquierda la sombra de una edificación y a la derecha un campo de celajes y arboledas con horizonte bajo. En la esquina inferior derecha, pintado en color ocre, el título de la obra: *S, Inés, V, M.*

Alabada por San Agustín y San Ambrosio de Milán, esta mártir romana remonta también su popularidad a la leyenda dorada que unificó las dos vertientes, griega y romana de su tradición.

Santa Inés es patrona de las doncellas, de las novias y de los jardineros, pues el jardín cerrado es símbolo de la virginidad.

“Santa Lucía de Siracusa, virgen y mártir”

Pintor del lago Titicaca, Audiencia de Charcas (Bolivia), no identificado.
Siglo XVII, tercer tercio.
Óleo sobre tela.

La figura de esta santa mártir (s. III - s. IV) muerta, según las fuentes históricas, durante la persecución de Diocleciano iniciada en el año 303, destaca en este cuadro, como en la mayor parte de sus representaciones, por su extática mirada dirigida hacia el cielo, en señal de entrega y ofrenda. Esta se relaciona con su principal atributo iconográfico pues en la mano izquierda sostiene una bandeja con sus ojos –asociados a su nombre ya que Lucía significa luz- y en la mano derecha muestra la palma, símbolo del martirio y la victoria.

De pie, de tres cuartos de cuerpo, la muestra hacia 1675 este pintor de la Audiencia de Charcas no identificado, que recoge influjos del manierismo italiano, especialmente en el tocado del cabello y en el traje de la santa que se diferencian de los tipos zurbaranescos, de mayor volumen y abigarramiento, tan difundidos en el Virreinato. Su pelo claro luce ensortijado con cintas rojas y ristras de perlas, y su blanca túnica ceñida lleva bordados de colores en el corpiño y mangas cortas, bajo de las cuales asoma otro par de mangas largas de seda verde. Un pañuelo de gasa en el cuello y una capa roja que la envuelve, alusiva a su martirio, completan el atuendo.

Un fondo de paisaje la circunda: hacia la izquierda, una edificación y árboles cercanos y a la derecha una lejanía de montañas, árboles y celajes, de horizonte bajo.

Las escasas certezas históricas sobre su vida no han sido obstáculo para ser una santa muy venerada en el mundo cristiano. Referencias a su historia y a su culto se encuentran ya desde el siglo VI.

Santa Lucía es patrona de la vista.





“Santa Lucía de Siracusa, virgen y mártir”

Pintor del lago Titicaca, Audiencia de Charcas (Bolivia), no identificado.
Siglo XVIII, primer tercio.
Óleo sobre tela.

Como las santas de Zurbarán pintadas en Sevilla hacia 1640, esta pintura que sigue los modelos del maestro español llegados al virreinato peruano actualiza las figuras de las vírgenes y mártires de los primeros tiempos cristianos. Santa Lucía de Siracusa, martirizada hacia comienzos del siglo IV en esa misma ciudad bajo la persecución de Diocleciano, con varios tormentos que resistió con auxilio sobrenatural, fue privada de sus ojos, por ello los muestra abiertos en un plato de plata sobre su mano derecha, como ofrenda por su fe y su símbolo propio –pues Lucía procede de la palabra luz– mientras en la izquierda sostiene la palma del martirio. Con expresión extática mira al cielo en actitud de ofrenda y entrega. Su larga cabellera adornada con una flor roja, como su manto, cae sobre sus hombros. Su rica vestimenta remite a la moda del siglo XVII con su camisa de lino y encajes de Flandes, el peto ajustado en rica tela con hilos de plata, las grandes mangas “acuchilladas”, es decir con cortes que dejan ver la camisa y la amplia falda acampanada, posiblemente sobre guardainfantes o verdugado para aumentar su ruedo. De pie sobre un fondo de paisaje de prados y arboledas bajo un cielo de delicados celajes, su figura adquiere realce y monumentalidad.

Santa Lucía es la patrona y protectora de la vista.

“Santa Úrsula, virgen y mártir”

Pintor del lago Titicaca, Audiencia de Charcas (Bolivia) no identificado.
Siglo XVIII, primer tercio.
Óleo sobre tela.

Pese a la escasez de referencias históricas, la tradición piadosa de temprano origen medieval, conocida como Leyenda Dorada, atribuye a Santa Úrsula (¿siglo IV-V?), joven conversa, la calidad de hija del rey de Bretaña y prometida del hijo del rey de Inglaterra, quien sufrió en Colonia la invasión de Atila y los hunos ocurrida hacia el año 450 y fue martirizada por no acceder a los deseos de éste, con otras vírgenes cristianas, número que legendariamente asciende a las “once mil vírgenes”. De acuerdo a su rango real, se la representa con corona y un elegante traje hilado de oro y bordados. El estandarte con la cruz blanca sobre fondo rojo, otro de sus atributos, en este cuadro invierte el colorido de la iconografía tradicional –cruz roja sobre fondo blanco– y es el símbolo de la victoria alcanzada al dar la vida en el martirio, y a la vez podría aludir a su estatus de princesa y guía del cortejo que la acompañaría en su matrimonio –diez damas cada una con mil doncellas, las “once mil vírgenes” – y la palma es la señal de su muerte por la causa de la fe.

También el desconocido pintor de la zona del lago Titicaca que ejecuta la obra sigue los modelos de las series de santas de Zurbarán y sus discípulos, conservadas en el Museo de Sevilla, España, y de las cuales llegan ejemplos al Virreinato del Perú. La muestra de pie, en imponente formato, ricamente vestida y sobre tenue fondo de paisaje. En el borde inferior de la pintura, sobre el suelo, hay esparcidas seis rosas cortadas. A la izquierda, un paisaje natural poblado de aves.

Santa Úrsula es patrona de las universidades, las jóvenes y las colegialas.



“Alegoría del triunfo de la Orden Franciscana o de los Frailes Menores”

Basilio de Santa Cruz (Cusco c. 1635- c. 1710) y Juan Zapaca Inga (activo en Cusco c. 1660- 1700), atribuido. Siglo XVII, tercer tercio. Óleo sobre tela.



La figura de Santa Clara de Asís (1194-1253), fundadora de las clarisas, rama femenina de los franciscanos, quien abrazó en 1212 la más absoluta pobreza, oración y silencio en el monasterio de San Damiano, se sitúa en el cielo, a la derecha de la composición, en medio de un rompimiento de gloria junto a San Francisco el fundador, que ocupa el centro de la tela y a otros franciscanos elevados a los altares. La Santa porta en sus manos la custodia, su atributo más recurrente en la iconografía artística, que refiere a su defensa del Monasterio de San Damiano, en las afueras de Asís, contra las tropas de Federico II en 1234, a las que encaró y disuadió con el Cuerpo de Cristo. Como fundadora, forma parte de esta alegoría sobre la Orden, temática equivalente, aunque en formato más pequeño, del cuadro “Alegoría Franciscana. Triunfo de la Virgen”, atribuido a los mismos pintores, en el Museo Colonial de San Francisco de Santiago. Cual diosa de la Antigüedad, probablemente a través de un grabado renacentista o barroco de la Justicia, la Orden es una figura femenina, sentada en un trono, con los cabellos sueltos y una blanca túnica con un cordón en la cintura. En su mano izquierda muestra un tondo circular con el escudo franciscano –los brazos cruzados de Cristo y San Francisco- y con la derecha coge los cuatro cordones o cíngulos franciscanos, símbolos de la Orden, que le lanza desde el cielo San Francisco. La obra muestra un eje vertical en el desarrollo del tema y está dividida horizontalmente en dos, los mundos: celestial arriba y terrenal abajo conectados por esta figura alegórica. En el centro de la parte superior, San Francisco de Asís y a ambos costados ocho santos de medio cuerpo, identificados por sus nombres, cuatro a cada lado; a la izquierda y de arriba a abajo: San Buenaventura, San Bernardino de Siena, San Diego de Alcalá y el Beato Antonio de Stronconio. A la derecha: San Antonio de Padua, San Luis obispo, Santa Clara y San Pascual Bailón.

El trono de la mujer está sobre un gran altar de piedra, con una inscripción en el borde superior: *Perfecte sperate in eain (...) offertur nobis Gratiam I Pet I ca3.* –que pareciera corresponder a la primera epístola de San Pedro-. Debajo, un Calvario en medio de un sol y bajo él otra inscripción indica: *Thesoro de la Iglesia.* Un escudo papal reposa a los pies del altar, del cual solo se ve la parte superior de lo que pudiera ser un león rampante cruzado por una banda, correspondiente a Paulo II o Sixto V.

Rodeando el altar, en la parte inferior del cuadro, se muestra un apretado grupo de hombres y mujeres, entre los que destacan en primer plano a la izquierda, un Papa coronado que podría ser Alejandro VII –en la cátedra de San Pedro entre 1655 y 1667- y un cardenal. A la derecha, un rey cristiano con corona, cetro y armadura –probablemente Felipe IV de España, en el trono entre 1621 y 1665- y un noble también coronado. Estos personajes levantan del altar cordones de la orden, lo que podría aludir a las dignidades eclesiásticas que, como la gente del pueblo, han sido franciscanos terciarios.

Santa Clara es patrona de los clarividentes y de las telecomunicaciones; de los orfebres y del buen tiempo

“Santa Gertrudis magna intercambia su corazón con Cristo”

Pintor cusqueño no identificado.
Siglo XVIII, primer tercio.
Óleo sobre tela.

En el ámbito de la celda aislada por rojos cortinajes, Cristo se aparece a Santa Gertrudis Magna o Santa Gertrudis de Helfta (1256-1302), religiosa benedictina, escritora y mística –y ambos intercambian sus corazones en un gesto de ardiente caridad que ella narra, entre otros episodios de su experiencia mística, en el libro *El Embajador de la Divina Piedad*–.

A la izquierda de la tela, Cristo de cuerpo entero se atavía de túnica verde y manto rojo. La Santa, por su parte, viste hábito benedictino y báculo de abadesa, cargo que nunca tuvo y se le atribuye erróneamente. Sobre el piso, grandes flores rojas con toques blancos, testimonio celestial y divina presencia.

La pieza ha podido ser individual, para devoción privada, como formar parte de una serie de la vida de esta Santa cuya vida transcurre en Sajonia, Alemania, a finales del siglo XIII.

Santa Gertrudis es la patrona de los místicos.





“Virgen del Rosario con Santo Domingo de Guzmán, Santa Catalina de Siena y los quince misterios del rosario”

Pintor cusqueño no identificado, círculo de Mauricio García (activo c. 1732- c. 1756).
Siglo XVIII, segundo tercio.
Óleo sobre tela.

La dominica Santa Catalina de Siena (1347-1380), predicadora y escritora, una de las grandes místicas del siglo XIV y doctora de la Iglesia, aparece en esta pintura cusqueña del círculo de Mauricio García a la derecha de la composición junto a Santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden dominica en el siglo XIII, y a la Virgen del Rosario con el Niño Jesús. Son varios los atributos iconográficos de la Santa, como el hábito dominico, de túnica blanca y manto negro, el rosario colgado del cuello, la pluma y el libro que recuerdan sus escritos y la corona de espinas, que eligió llevar como símbolo de penitencia, presentes en esta pintura; otros son las llagas en manos y pies, el lirio, símbolo de su virginidad; el corazón inflamado, que alude al corazón de Jesús y el crucifijo.

Al centro de la composición la Virgen del Rosario, coronada, patrona y protectora de la orden y de quienes a ella se encomienden a través de la oración del rosario. Viste túnica roja y manto azul y como la Inmaculada y la mujer del Apocalipsis, pisa la luna en cuarto creciente sostenida por querubines. Doce estrellas azules rodean la aureola de su cabeza. Sostiene al Niño Jesús en su brazo izquierdo y un rosario de cuentas rojas en la mano derecha, que entrega a Santo Domingo; el Niño porta en su mano una cruz.

Circunda las figuras una guirnalda de rosas entre las que están intercalados círculos rojos con escenas de los quince misterios del rosario. Se leen y cuentan en sentido contrario al movimiento de las manecillas del reloj. En la parte superior, el último misterio, la coronación de María como reina de la Creación. En la parte inferior cuatro personajes desnudos, en virtud del rezo del rosario, salen de las llamas del Purgatorio.

Santa Catalina de Siena es patrona de Italia, junto a San Francisco de Asís y de Europa; también de los enfermos y de las enfermeras.

“Santa Rita de Casia”

Pintor cochabambino no identificado.
Siglo XIX, segundo tercio.
Óleo sobre lámina de latón.

Esta pintura representa a Santa Rita de Casia (1381-1457), religiosa italiana de la orden femenina de San Agustín, una de las santas más populares de la Iglesia católica, en el interior de su celda. Se denota aquí la persistencia de los modelos formales femeninos de santidad del periodo virreinal durante el siglo XIX. En el ámbito abigarrado de una celda de época, con su cortinaje y ricas alfombras, la santa está de pie y muestra varios de los atributos con que guarda relación su historia de dolor, privaciones y encuentro con Jesús. Viste el negro hábito agustino, del monasterio donde ingresó tras ser rechazada tres veces, enriquecido a la manera cusqueña del siglo XVIII, por estrellas pintadas con pan de oro. En su mano derecha porta un crucifijo, ya que fue devota de la Pasión de Cristo y en la izquierda un libro, emblema de sus piadosas lecturas y una canastilla con rosas, que representan el milagro imposible que operó en su lecho de muerte al implorar esas flores justo en invierno cuando no las había, pero fueron encontradas, y por eso es la abogada de las cosas imposibles. Una mesa con tapete azul con rosas y margaritas en un florero, aquellas para reiterar el milagro y éstas en alusión a su nombre que era Margarita –Rita es su abreviatura- y el cilicio de sus penitencias con tres cuerdas rematadas en punzantes estrellas metálicas completan la composición. En la frente presenta su símbolo iconográfico principal: una de las espinas de la corona de Cristo, enterrada y sangrante.

El soporte de esta obra tiene la peculiaridad de ser de lámina de latón (aleación de zinc y cobre), reciclada probablemente por el pintor de las cajas metálicas para embalaje de alimentos, como galletas de marinería, que circularon profusamente durante el siglo XIX.

Santa Rita de Casia es patrona de los casos imposibles.





Santa Bárbara



Santa Teresa de Jesús



Santa María Magdalena



Santa María Egipciaca

“Virgen del Carmen con santos”

Pintor cusqueño no identificado.
Siglo XVIII, primer tercio.
Óleo sobre tela.

Teresa de Jesús, Bárbara de Nicomedia, La Magdalena y María Egipciaca son las santas representadas en la pintura cuyo centro es la Virgen del Carmen como protectora de estos hombres y mujeres que dedicaron su vida a Dios.

Santa Teresa de Jesús (1515-1582), religiosa, mística y escritora española, fundadora de la orden reformada de las Carmelitas Descalzas en 1562, con el libro en la mano, símbolo de sus numerosas obras, y San Juan de la Cruz con los hábitos café y blanco de la orden carmelita, se encuentran a los pies de María y el Niño, que visten el mismo atuendo. Alrededor, en medallones circulares y ovalados, numerosos santos femeninos y masculinos entre guirnaldas de flores. Santa Teresa de Jesús es patrona de los escritores.

A la izquierda de la composición Santa Bárbara de Nicomedia (s. III - s. IV), virgen y mártir cristiana, conversa, con algunos de sus atributos. Entre éstos, el fierro al rojo con que fue martirizada en su mano derecha, y posa la izquierda sobre la torre con tres ventanas, símbolo de la Trinidad. Allí la encerró su padre tras su conversión al cristianismo, y según la tradición, luego de ser decapitada bajó del cielo un fuerte rayo que envolvió la torre en llamas. Santa Bárbara es patrona de los mineros y artilleros.

En la esquina inferior izquierda se ve a la Magdalena arrepentida, con los ricos ropajes con que se la suele representar. Su mano derecha sobre una calavera y restos de sangre en su rostro, mano izquierda y ropajes, probablemente por las heridas espirituales que Jesús curó en ella tras su conversión y por haber estado presente en la Pasión.

Santa María Egipciaca (c. 344-c. 421), conversa, tras su vida de prostituta durante la juventud, otra santa penitente, ocupa el medallón de la esquina inferior derecha de la pintura, con expresión extática, desnuda con sólo un manto entregado por el anacoreta que la visitó tras más de cuarenta años de vida de penitencia en el desierto para expiar su pasado de prostituta, completamente sola, sin comida bebida, ropa ni techo. Santa María Egipciaca es patrona de las mujeres penitentes.

En la parte superior del cuadro, dentro de un medallón oblongo, una excepcional representación de la *Santísima Trinidad Andina*, las tres personas con rostro de hombre joven: *Cristo*, a la izquierda como el *Buen Pastor*; el *Padre*, al centro, con el orbe, y el *Espíritu Santo*, a la derecha, vestido de blanco. En el medallón superior derecho: *San Pedro de Alcántara*, debajo y a continuación *San Antonio de Padua*, *San Francisco de Paula* (Fundación de los Mínimos), *San Francisco de Asís*; abajo al centro, *San Miguel Arcángel*, *San José con el Niño Jesús*, *San Ignacio de Loyola* y *Santo Tomás de Aquino* (medallón superior izquierdo). La selección y ubicación de los santos en una obra como ésta guarda relación con las devociones y compromisos espirituales del comitente.

“Limosnero con Santa Rosa de Lima”

Platero peruano no identificado.

Siglo XIX, primer tercio.

Plata en su color fundida, martillada, soldada, cincelada y burilada.

Isabel Flores de Oliva, en el mundo conocida como Rosa de Santa María o Santa Rosa de Lima (1586-1617), fue la primera santa americana canonizada en 1671 y nombrada patrona de América y Filipinas. Por su gran popularidad es representada no sólo en las artes plásticas, sino también en la platería, como muestra este limosnero de factura popular con su imagen, donde se recibía la colecta en la Misa. Sobre un platillo de borde alto y forma circular, se sostiene con dos tirantes y soldadura a un vástago cilíndrico una placa rectangular repujada con remate superior de medio punto y la figura de Santa Rosa de Lima en el centro.

En su mano derecha porta un báculo con terminación floral y en la izquierda un ramo de rosas, y se corona con cuatro rosas, su principal atributo iconográfico. Su rostro parece indígena, el hábito se ajusta a la forma triangular como las vestiduras de la Virgen María y lleva el rosario dominico con cruz sobre el pecho. Decoraciones florales y vegetales, volutas y guirnalda la rodean, y en la parte superior de la placa/retablo una cabeza de querubín remata la composición. En el anverso de la base del platillo una inscripción señala: “Recuerdo de Trinidad Florez Valencia”.



“Figura de Santa Rosa de Lima aplicada sobre tutuma con asas en forma de loros”

Platero peruano no identificado.

Siglo XIX, primer tercio.

Plata en su color fundida, martillada, soldada, cincelada y burilada.

La popularidad de la Santa, patrona también del Perú, produjo desplazamientos de partes de piezas y fusión de las mismas, como muestra esta tutuma de plata transformada en limosnero en cuyo centro se soldó su imagen. Tocada con corona de rosas, porta en su mano derecha un ramo de rosas, su símbolo identitario, y en la izquierda un ancla con una maqueta de la ciudad de Lima, como el talismán que defendió a la capital del Virreinato del frustrado ataque del pirata Jorge Spilbergen en 1615.

La tutuma muestra decoraciones de guirnalda vegetal en el borde y dos asas fundidas en forma de loros.

Santa Rosa de Lima es la patrona del Perú, Lima, Filipinas, de numerosas localidades de la región, institutos educativos, policiales y armados y de los enfermos de tuberculosis.



Este catálogo se imprimió para acompañar la muestra

SANTAS

MUJERES, MÁRTIRES, MÍSTICAS

Colección Joaquín Gandarillas Infante Arte colonial americano

Rector
Ignacio Sánchez D.

Prorector
Guillermo Marshall R.

**Vicerrectora de
Comunicaciones**
Magdalena Amenábar F.

**Directora de
Extensión Cultural**
Daniela Rosenfeld G.

Producción
Karla Montecino M.

**Asistente de
producción**
Astrid Muñoz B.

**Curadora de la
Colección Gandarillas**
Isabel Cruz de Amenábar

Textos del catálogo
Alexandrine de La Taille-Tréintville U.
Verónica Ibáñez M.

Diseño gráfico
Soledad Hola J.
María Inés Vargas de la P.
Diseño Corporativo UC

Fotografía
Patricia Novoa C.

Museografía
MUSEAL
Alejandra Lührs B.
Soledad Castillo C.

**Conservación y
limpieza de obras**
Alejandra Bendekovic D.

Mediación
Natalia Ortiz D.
Catalina Iglesias Y.
visitasguiadas@uc.cl

JULIO 2021 /
ENERO 2022

**Sala Colección
Joaquín Gandarillas Infante**

Centro de Extensión
Vicerrectoría de Comunicaciones
Pontificia Universidad Católica de Chile

Av. Lib. Bernardo O'Higgins 390,
Santiago de Chile.
Tel.: (56) 22354 6546 – 22354 6572
extension.uc.cl

**Fundación
Joaquín Gandarillas Infante**

gandarillasjaime@gmail.com

Presidente: Manuel José Gandarillas Infante
Tesorero: Cristián Gandarillas Serani
Secretario: Jaime Gandarillas Infante

Impresión: Fyrma Gráfica

ISBN: 978-956-14-2856-0

SANTAS

MUJERES, MÁRTIRES, MÍSTICAS

Colección Joaquín Gandarillas Infante
Arte colonial americano

JULIO 2021 / ENERO 2022

Sala Colección
Joaquín Gandarillas Infante

Centro de Extensión
Vicerrectoría de Comunicaciones
Pontificia Universidad Católica de Chile

ISBN: 978-956-14-2856-0



9 789561 428560